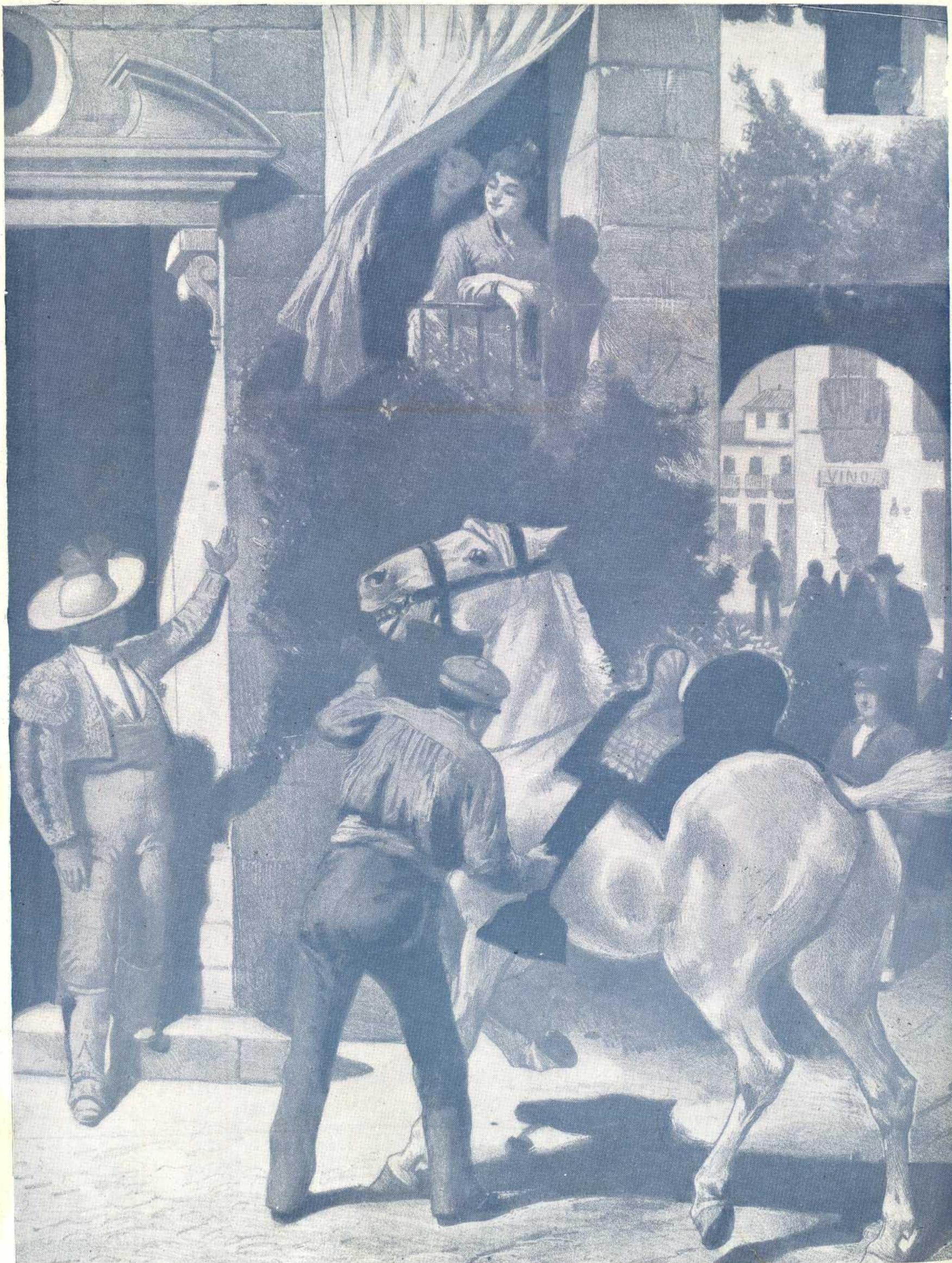


El Ruedo



1⁵⁰
PLS

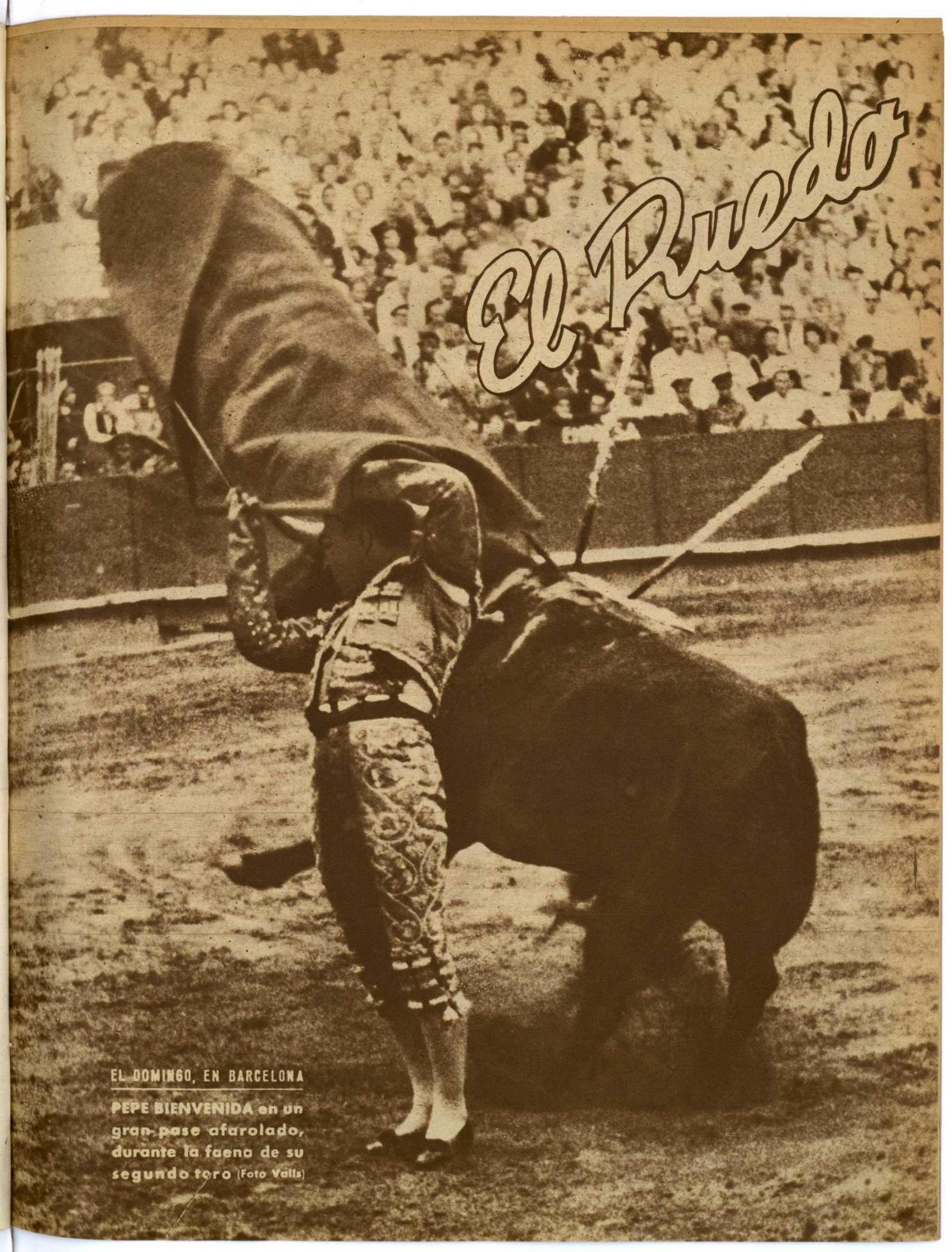
LA VEDRA



¡Hasta luego!

(Dibujo de Perera.)

El Povedo



EL DOMINGO, EN BARCELONA

PEPE BIENVENIDA en un gran-pase afarolado, durante la faena de su segundo toro (Foto Vallis)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

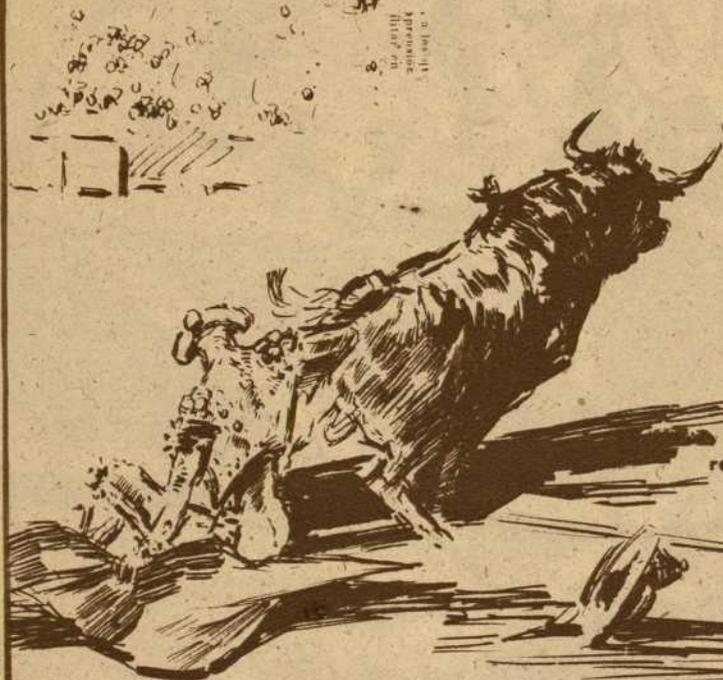
Por ANTONIO CASERO



El debutante José Catalán, toreando de muleta a su primer toro



Agustín Díaz ejecutando unos lances de frente por detrás



El mejicano Leopoldo Ramos dió un cambio de rodillas «con derecho a asiento...» y luego toreó muy bien con el capote

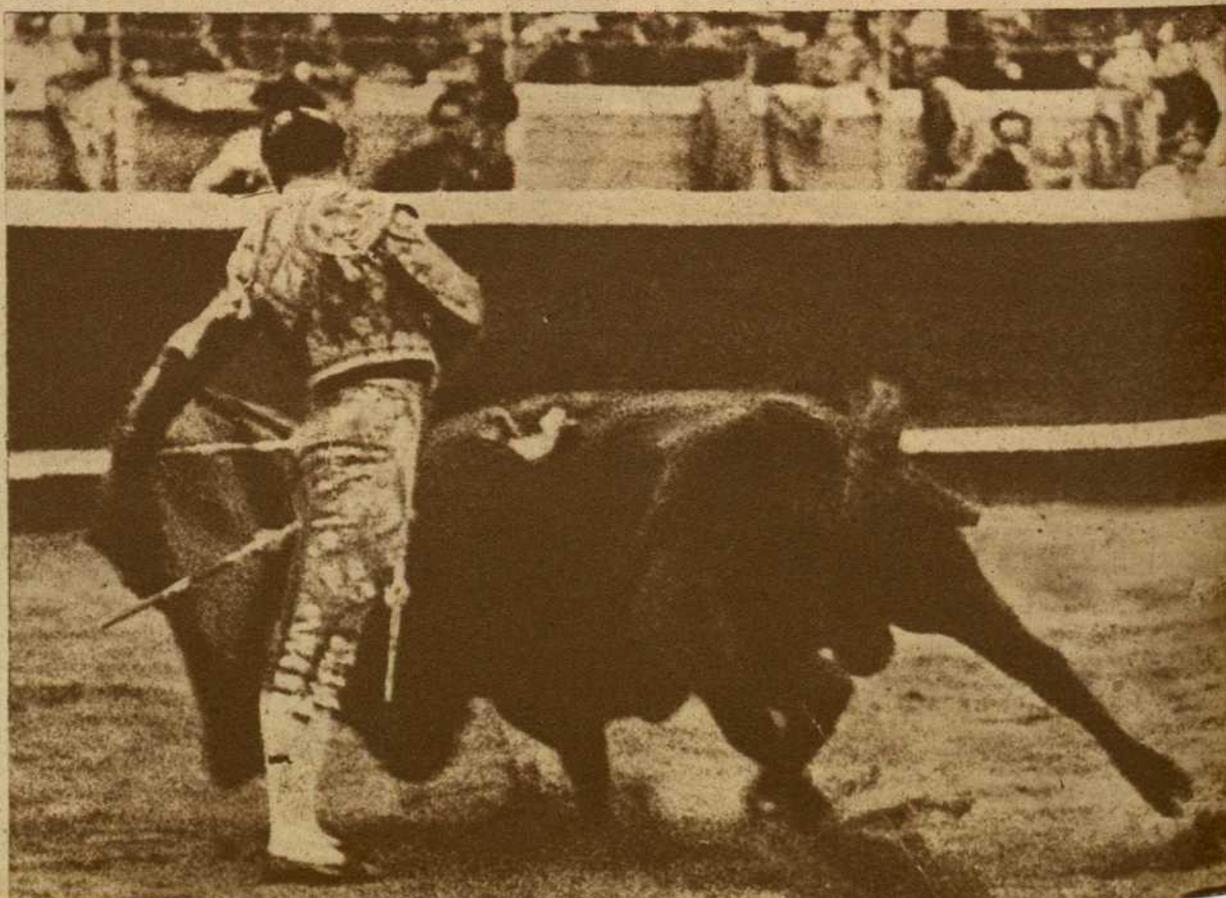


ANTONIO CASERO



El coso bilbaíno, en las famosas ferias, ha presenciado entusiasmado la calidad y reciedumbre artística de esta figura que es VALENCIANO III, que ha dejado tan en alto su pabellón de arte supremo, de suave y elegante toreo, como hasta la fecha ha tenido de indómito coraje.

LECCION DE BUEN TOREAR DE VALENCIANO III EN LAS FERIAS DE BILBAO





El Ruedo

Suplemento faurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Todos tienen culpa en el mal rumbo que lleva la fiesta—dije en el último «Pregon», para explicarme en éste así:

Comienzan los diestros bien situados con tres exigencias fundamentales: quieren tanto dinero, cuanto más, mejor, y como el arte no está tasado por ley alguna y menos aún está tarada la propia sangre, la propia vida, estiman sus honorarios como se les antoja; quieren tales toros, con tales pesos, cuernos y cualidades de lidia, para asegurarse, en lo posible, un triunfo fácil con un riesgo mínimo, y quieren, por fin, no alternar con ciertos diestros de los que suelen «ir al hule» a las primeras de cambio, obligán-

doles a «tragar» la lidia de más toros de los que normalmente les corresponden.

En lo dicho está, sin duda, la raíz del mal; pero mientras los diestros tienen sus razones—muy humanas—para proceder así, los demás responsables carecen de ellas.

Los ganaderos arrostran la vergüenza de ver sus toros rodar por tierra al simple revuelo de un capote y de contemplar sus nombres, antes prestigiosos, en esa cotidiana sección de la Prensa de «ganaderos multados», cuando sólo ellos podrían echar por tierra aquella exigencia de los diestros no aviniéndose a entregar reses faltas de peso ni a someter a otras a «aseos» de sus cuernos. Las Empresas, por respeto al público que lleva el dinero a sus taquillas, no debían comprar a ningún precio tales toros. Y esos señores que a la hora del escándalo no aparecen por parte alguna, sólo por incompetencia o venalidad pueden sumarse al compadrazgo de diestros, ganaderos y Empresas, tolerando que se lidien reses que no reúnen las condiciones reglamentarias.

(Oportuno es decir, en este punto, y en paréntesis, que la autoridad ha comenzado aquí a poner remedio al mal imponiendo saludables sanciones a estos señores que no aparecen en escena, y si llegase a remediarse el mal en este asunto primordial del toro, y se consiguiese el «toro de verdad», lo demás se arreglaría solo haciendo entrar en razón a todos.)

Me quedan los responsables más difíciles para mí de acusar: el público y los críticos. Pero voy con ellos.

El público—especialmente el descentrado público de Madrid, obligado a dar ejemplo—otorga arbitraria e históricamente sus fallos protestando a un diestro no por su labor, sino porque se ha enterado de que cobra tanto, mientras ovaciona a otro porque cobra mucho menos, o porque lleva un terno raído, o porque se echa a llorar, o porque recibe un aviso. Invita a los diestros de sus simpatías—que por cierto se hacen y se deshacen en un santiamén—a que mate al toro de cualquier manera, mientras a los de sus instantáneas antipatías les increpan porque se alivian decorosamente con los «pavos». Y no quiero hablar de cómo pide o no pide orejas, porque tendría que citar casos que podrían parecer de propaganda; pero conste que da sonrojo ver cómo se otorgan algunas y cómo se niegan otras.

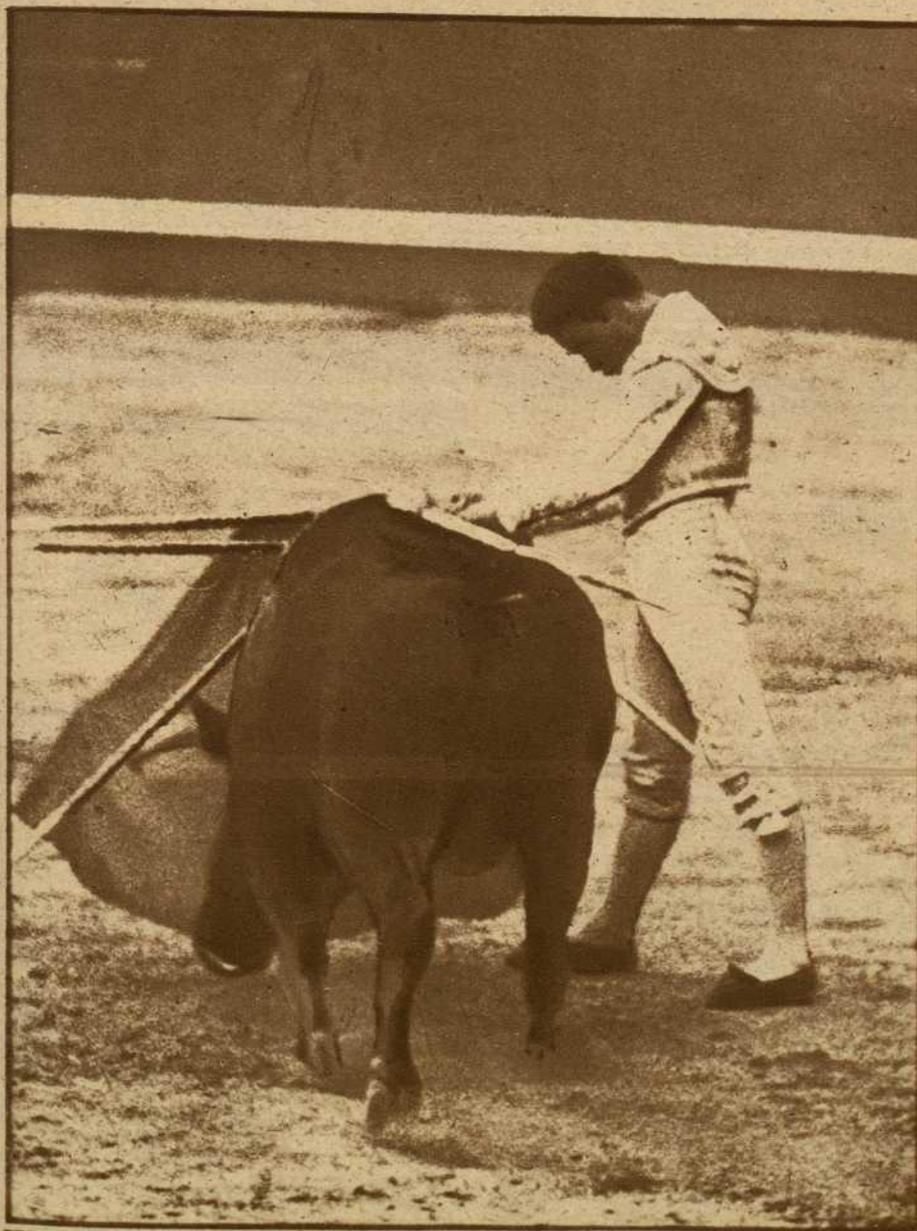
A la crítica, en general, le corresponde una culpa grave: la inusitada e inútil frecuencia con que se desplaza de Madrid para seguir «la pista» de ciertos diestros consagrados, que no gustan precisamente de exhibirse en el ruedo madrileño. El prestigio de «la primera plaza del mundo» se cifraba en la Prensa, en la trascendencia de sus críticas; pero si ahora esas críticas aparecen cuando los famosos diestros torear en las plazas más aldeanas; escondidamente—clandestinamente, se podría decir—, ¿para qué han de venir, a Madrid? Muchos diestros y diestrecillos no se habrían consagrado o no sostendrían su cartel por el hecho proclamado en nuestros periódicos por finura acreditada, de haber obtenido tales o cuales éxitos deslumbrantes en ésta o aquella plaza provinciana de tercer orden.

Ahora, la ilusión de venir a Madrid sólo la tienen los principiantes, como si Madrid fuera lo que antaño fueron Tetuán de las Victorias o Vista-Alegre.

Año I

Madrid, 30 de agosto de 1944

Núm. 12



DE LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN MADRID
José Catalán iniciando un ayudado por alto en la faena a su primer toro
(Foto Baldomero.)

La corrida del domingo en MADRID



Seis novillos de Juan B. Conradi para AGUSTIN DIAZ, JOSE CATALAN y LEOPOLDO RAMOS

RESEÑA



Preside el señor Caruncho. La tarde está encapotada y hay buena entrada. Seis novillos de Conradi, para Agustín Díaz, José Catalán y el mejicano Leopoldo Ramos, estos dos últimos debutantes.

Primero. —

Bien de lámina y negro, como todos. Díaz lancea valiente y movido. Tres varas blandeando, con quites de los tres espadas. Díaz cuarteo tres pares con vulgaridad. Muletea por bajo y con precauciones y mata de un pinchazo y media estocada. Se aplaude al novillo.

Segundo. — Bien de lámina. Catalán veroniquea, sobresaliendo las dos y media finales, buenas y ajustadas. (Ovación.) Cuatro varas, re-intiéndose. Par y medio, Catalán brinda al público y comienza por alto y tirones. Cuatro redondos buenos y un molinete, que se aplauden. Después baja de tono y mata de una estocada baja. (Ovación.)

Tercero. — Bonito y más corto. Ramos lo cambia de rodillas con apuro y luego instrumenta unas verónicas con los pies juntos. (Ovación.) Tres varas y quite del mejicano. Rompe los palos y clava par y medio al cuarteo. Otro mejor con los rehiletes enteros. (Aplausos.) Brinda al público y comienza con unos pases de rodillas, Parones y pases sueltos, para media estocada y descabello. (Palmas.)

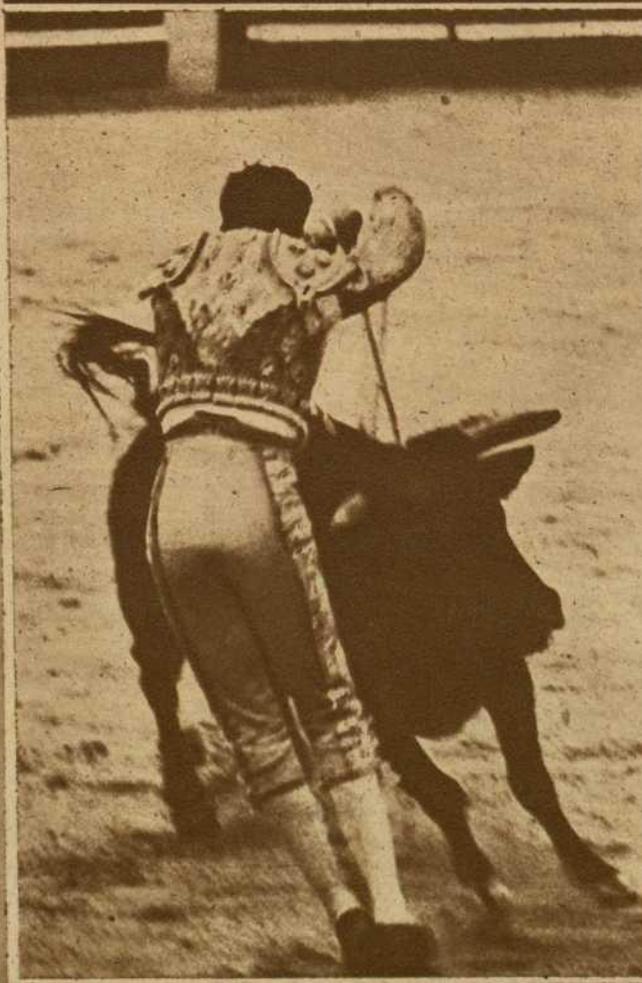
Cuarto. — Díaz lancea vulgar. Cuatro varas y dos pares. Muletea por alto y se desconfia, trapeando por la cara. Dos pinchazos, dos medias estocadas y descabellos. (Pitos.)

Quinto. — Catalán no lancea. Tres varas, saliendo suelto. Quites de Ramos y de Díaz. Tres pares. Catalán comienza por alto y en redondo, sin relieve. El novillo está quedado y el diestro machetea, intercalando rodillazos. Un pinchazo, media tendenciosa y descabello.

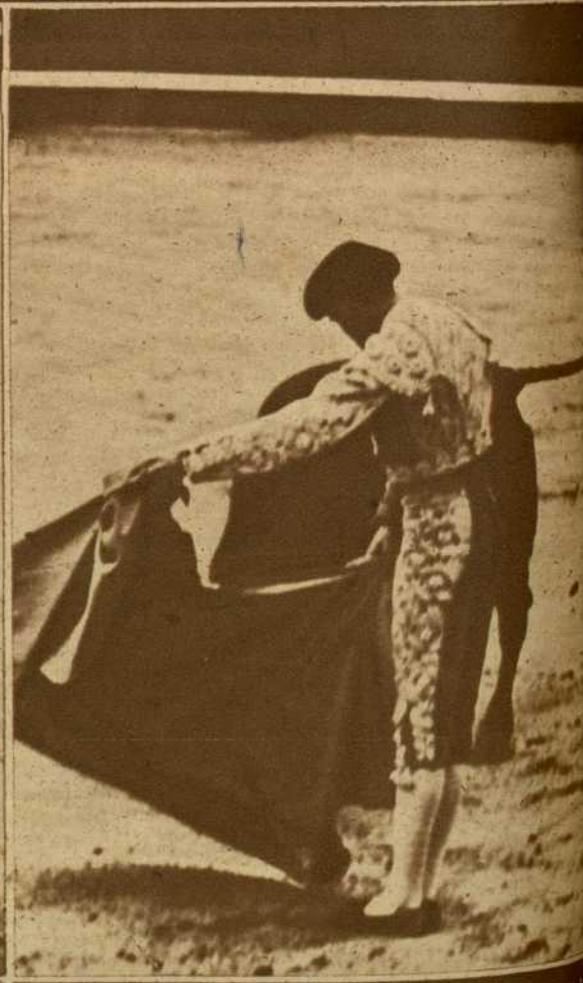
Sexto. — Ramos veroniquea apurado. Tres varas y quites de Ramos y Díaz. Dos pares del matador, cuarteando. Muletea con trapeos, sin ajuste, y mata de una media estocada, entrando mal. (Pitos.)



Los matadores Díaz, Catalán y Ramos momentos antes de la corrida del domingo en la Monumental de Madrid



Leopoldo Ramos clavando un par de banderillas a su primer toro



Leopoldo Díaz en un lance a su primer astado, domingo en Madrid

JUICIO CRITICO

MONOTONIA y algún pintoresquismo



Agustín
Díaz

José
Catalán

Leopoldo
Ramos

LA del domingo fué una novillada monótona. Hasta los novillos de Conradi salieron parejísimos de tipo y pelea. De aquél no estaban mal, cortitos y descaradillos de cuerna, y de ésta, no salieron del patrón normal, es decir, que en varas quedaban aplomados para el último tercio. Esto parece que va siendo el molde ganadero más corriente, y por eso es más sencillo decir que fué una novillada de patrón, quedada, y sin dificultades para mejores empeños.

Las dificultades vinieron vestidas de luces. Agustín Díaz navegó por el toreo a la defensiva, flojo, pleno de precauciones, desde el primer momento, y claro está, sembró el aburrimiento ante su labor. Cosa de la que no podemos culpar al mejicano debar'ante, Leopoldo Ramos, porque su pintoresquismo lo pone a cubierto de ello. Desde el paseillo hasta el romper los garapullos en la barrera, pasó por esa seudoverónica en que el juego se limita a girar con los brazos extendidos sobre los talones, sin olvidar tampoco sus amagos de despiste ante el toro. De verdad, en su labor, ni siquiera tapada por un banderillar vulgar, sólo podemos poner alguna serenidad y valentía al tercero de la tarde. ¡Ah! y su planta en un flamante traje de luces, bien exhibida y lucida. Oyó aplausos y de lo otro.

José Catalán hizo lo poco plausible de la tarde. Una buenas verónicas al segundo, quietá la planta, y algunos pases sobre la derecha en la faena de muleta. En el quinto estuvo discreto en tono menor. Es sereno, aunque codillea a ratos y no da bien la salida. Pero, en fin, fué el que se salvó merecidamente en la tarde del domingo.

EL CACHETERO

Las cuadrillas en el paseillo, al empezar la corrida del domingo en la Plaza de las Ventas

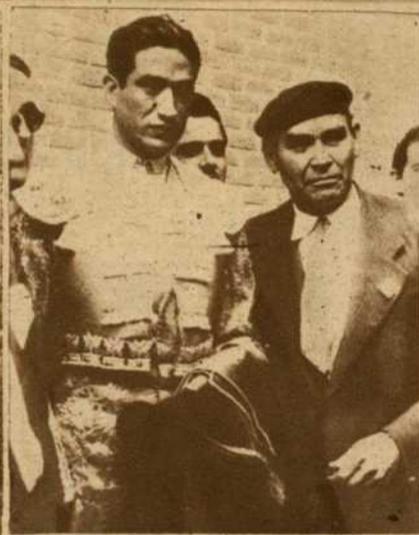
José Catalán en una verónica a su primer toro

El debutante mejicano Leopoldo Ramos durante la lidia del domingo. (Fotos Baldomero.)

FOTOGRAMAS DEL DOMINGO EN MADRID



El diestro Agustín Díaz en el patio de caballos antes de la corrida



El torero mejicano Ramos, con un amigo, antes de su presentación



El valenciano José Catalán enciende un pitillo antes de dar comienzo la fiesta



Catalán preparándose para la salida del paseíllo



El mejicano Ramos dispuesto para la salida



El pintor Daniel Vázquez Díaz con el debutante mejicano

DESPUES DE LA CORRIDA

HABLAN LOS TOREROS

CUANDO no hay harina, todo es mohina, reza el conocido adagio, que después de la corrida tomó carta de naturaleza y actualidad para los tres espadas que en ella intervinieron.

¿Para qué disociarles en capítulos diferentes, si los tres, con muy ligera diferencia, vinieron a opinar lo mismo?

En el trio de alojamientos pudimos contemplar el mismo cuadro, idénticas manifestaciones de disculpa y calcados comentarios de consolación a cargo de los contados acompañantes.

Y así, un amigo de Agustín Díaz entendía que el no haber sacado el espada un traje en oro le había restado aplausos en el primer toro, al confundirle cierto sector del público con un banderillero.

Otro señor tomó la palabra para decir que, a su juicio, el diestro había cometido la equivocación de torear a su primer enemigo por alto en vez de hacerse, con él con muletazos por bajo.

Adujo un tercero que con el segundo no había faena posible, por los extraños del animal, debidos a una mansedumbre que fué a más con el transcurso de la lidia.

Mientras, el torero en silencio hacía rápidamente sus abluciones, pues tenía que tomar el tren con destino a Toro, donde estaba contratado para actuar el lunes.

A José Catalán se le transparentaba el disgusto, la contrariedad.

— El primero— vino a decir— se vencía mucho del izquierdo, y además demostró poca fuerza, inconveniente muy acusado para poderle hacer el toro que hoy gusta a los públicos. Ajustado, como creo estar, a la escuela moderna, necesitaba hoy de toros con arrancada fuerte. No debo omitir que pequé en precipitarme llevado de mi afán de hacer cosas que fueran del

agrado de un público que tanto entiende de toros.

En cuanto al segundo, se me quedó mucho y llegó a la muleta muy aplomado. Fué inútil que procurase alegrarle: el toro se quedaba en los pies, por ser un clásico bicho de los de media arrancada, con los que el torero a la moderna, poco o nada tiene que hacer.

Y ante esta confesión de parte, nosotros, tras consignarlo, nos fuimos con las cuartillas a otra parte.

En una habitación pequeña y en tinieblas nos esperaba un cuadro casi patético. Sobre el lecho, el bueno de Leopoldo Ramos gemía su mala suerte. En vano algunos elementos de su cuadrilla intentaban consolarle con las frases habituales para estos casos.

El mejicano, sordo a los consuelos, repitió una y otra vez la afirmación de que hubiera preferido salir herido que vencido.

— El público de Madrid no pudo estar mejor y más cariñoso conmigo. Del ganado, el mejor lote fué el mío. Pero se me cayó la plaza encima: intenté hacerlo todo y nada me salía a derechas. Al darme cuenta de que estaba defraudando la confianza que en mí habían depositado, no pude ya controlar mi nervosismo.

Llegaron varios compatriotas de Leopoldo, entre ellos el diestro Fermín Rivera, e intentaron llevarse conmigo para que olvidara el disgusto.

Todo fué en vano: Ramos, llevado de su honrilla, estimó que no estaba para diversiones y se negó a abandonar la habitación.

Alguien le animó para que en sus próximas intervenciones en provincias recobre la moral y pueda volver a Madrid por la revancha.

Entonces el torero de Méjico afirmó, categórico: — Y esa vez, yo les aseguro que o me tienen que llevar a la enfermería, o de lo contrario borraré cumplidamente mi actuación de esta tarde.

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MÁRQUERIE



HAY tardes en que el pregón de «almohadillas» resuena en el claustro de la Plaza como en una catacumba.

El trueno lejano retumba como si protestaran en las andanadas de las nubes.

Díaz da lección negativa y enseña de un modo perfecto cómo «no se debe entrar

a matar»; en qué consiste el echarse fuera.

Todos los espectadores hacen el mismo chiste: «¡Qué raro; un Catalán de Valencian!»

Lo más bonito de Catalán era el traje, de un rosa pálido color de pétalo y de antigua seda amustiada.

¡Cuánto tardaba Díaz en coger el estoque y la muleta! ¡Qué lentitud y qué pereza en la elección de trapos y de aceros! Parecía que no iba a llegar nunca la hora del brindis.

Catalán estuvo todo el tiempo enseñando la muleta al toro sin hacerle pasar, como diciéndole: «Ves, este es un trapo. Miralo bien».

Los espectadores, con las almohadillas en la cabeza para preservarse de la lluvia, se disfrazaban de pasteros equilibristas, de esos que llevan la bandeja sobre la tapa craneana.

El alguacil tuvo que pasar la tarde dirigiendo la lidia desde el callejón, sacando mucho el busto por encima del atril de la barrera y con la varita en alto como una batuta— maestro de la orquesta taurómaca—

«Hágame el favor completo», dicen los vendedores de cerveza cuando después de pedirnos que pasemos la botella al cliente, nos entregan la vuelta del importe.

Con la luz tormentosa, a la esfera del reloj de la Plaza le nacían brillos de ruleta de verbena.

Ramos, el mejicano, tiene cara de ídolo azteca y abre el capote como las alas de un gran pájaro ultramarino. Aunque el toro no entre, ejecuta su adorno igual que si hubiera entrado. Y, después de cada suerte, sonríe a no se sabe quién.

Cuando Ramos partía las banderillas contra el borde de la barrera, saltaban las astillas al burladero de la Empresa, que es un burladero de sibaritas donde, cuando llueve, nace un toldo.

El cuajarón de la muleta caída anticipa la sangre de la muerte del toro.



El Ruedo



AMONIO CASERO

DEL PINO triunfó en Puerto de Santa María EL ESTUDIANTE, BELMONTE y ANDALUZ en la última de Bilbao

MANOLETE cortó la oreja



Manolete

PUERTO DE SANTA MARÍA 27 (Mencheta). — Toros de Villabragima. Actuaron Ortega, Manolete y Miguel del Pino.

Primero. Echándole los caballos encima toma el bicho las varas de reglamento. Tres pares. Ortega trastea valentísimo, intercalando pases de pecho, ayudados y por bajo, que se jalean. Mata de media superior. (Ovación, petición y vuelta.)

Segundo. — Manolete veroniqua colosal. (Ovación). Cuatro varas. En quites son ovacionados: Manolete y Del Pino. Manolete realiza una gran faena de muleta, entre enorme entusiasmo. Destacan siete naturales y varias manoletinias. (Oles). Dos pinchazos, media y descabello. (Ovación, oreja y vuelta.)

Tercero. — Del Pino veroniqua entre olas. Tres varas, siendo Ortega y Del Pino ovacionados. Tres pares. Del Pino realiza un trasteo inteligente y breve, entre olas. Cuatro pinchazos y un descabello.

Cuarto. — Ortega lo lancea valiente y cerca. (Aplausos.) Pasa a manos de Ortega, que da varios pases valientes para igualar al bicho que está incierto y reservón. Media estocada y descabella.

Quinto. — Manolete veroniqua superior. (Ovación.) Cuatro varas y dos pares y medio. En quites son ovacionados los tres matadores. Manolete realiza una faena enorme entre aclamaciones frenéticas, pues tora de manera temeraria. Un pinchazo en hueso, media y descabello a la tercera. (Ovación, petición y saludos.)

Sexto. — Del Pino lancea con quietud y arte. (Ovación.) Tres puyazos y un refilonazo. Ortega y Del Pino se lucen en quites. Del Pino realiza una faena temeraria, destacando varios

naturales ligados al de pecho; otros en redondo, molineas y manoleinas, siendo aclamado por el público. Cada vez más cerca, continúa con pases con la izquierda y en redondo. Media en las mismas agujas, de la que el toro rueda. (Ovación grande, dos orejas, dos vueltas y salida en hombros.)

Pero de los toros en canal: 227, 210, 242, 241, 242 y 210 kilos, respectivamente.



Del Pino

BILBAO 27 (Mencheta). — Se celebró la sexta y última corrida de feria con un lleno en Vista Alegre.

Primero. — El Estudiante lo recibe con unos lances. (Aplausos.) En el primer quite torea de frente por detrás. (Aplausos.) También son ovacionados Belmonte y El Andaluz. Tres varas y dos pares. Comienza El Estudiante con tres estatuarios buenos. Saca derechazos y naturales que se aplauden. Media, algo caída, y descabello. (Ovación.)

Segundo. — A fuerza de echar los caballos encima toma tres varas, de las que sale suelto y coceado, y a medida que avanza la lidia se muestra más avisado. Dos pares. Belmonte da una serie de pases, con tendencia a igualar, un pinchazo y una pescuecera. Descabello y pitos al toro.

Tercero. — El Andaluz arranca palmas en unos lances quecos y mandones en el primer quite. También El Estudiante. Dos va-

ras y tres pares. El Andaluz comienza con tres estatuarios y sigue adornado. Media en lo alto, que mata sin puntilla. Parte del público pide la oreja, que el presidente concede; pero los mulilleros se llevan el astado sin que se le corte.

El Andaluz comienza a dar la discrepancias del público, desiste, vuelta al ruedo; mas, ante las Cuatro. — Unos lances buenos del Estudiante. Dos varas y tres pares. Comienza El Estudiante con tres pases de rodillas, valentísimos, y continúa con otros por alto y derechazos. Un pinchazo bien señalado y media. (Palmas.)

Quinto. — Dos varas y dos pares. Belmonte brinda al público, dando cinco ayudados por alto soberbios. Cita al natural y saca varios pases, dos de ellos buenos. (Música.) En el centro consigue derechazos, faroles, manoletinias y otros pases. Un pinchazo, media y descabello. (Ovación, vuelta y saludos.)

Sexto. — El Andaluz es aplaudido con la capa y en quites. Cuatro varas y tres pares. El Andaluz da dos pases por bajo, un par de estatuarios y dos naturales; sigue por derechazos. Da unas cuantas manoletinias que se aplauden. Media atravesada y el descabello a la segunda. (Palmas.)

Peso de las reses en canal: 255, 253, 259, 293, 282 y 313 kilos, respectivamente.



Andaluz

PEPIN y RAFAEL MARTIN VAZQUEZ OBTUVIERON OREJAS EN MALAGA

CHONI fué aplaudido



Pepin M. Vázquez

MALAGA 27 (Mencheta). El Choni, Pepin y Rafael Martín Vázquez. Reses de Pinohermoso.

Primero. — El Choni lancea apretado. Tres varas, luciendo se los matadores

en quites. Pepin, al marcharse con dirección al burladero, resulta cogido y volteado, sin consecuencias. Tres pares. El Choni hace una faena artística y coreada por el público, siendo volteado sin consecuencias. Un pinchazo y una estocada. (Muchas palmas.)

Segundo. — Pepin lo fija con

unos lances. Tres varas y tres pares. Hace una gran faena, a base de pases por alto, de pecho, manoletinias, etc. Media estocada. (Gran ovación, dos orejas, vuelta y saludos.)

Tercero. — Rafael Martín Vázquez torea bien de capa. Tres varas y buen tercio de quite. Rafael coloca tres pares muy buenos. Brinda al público. Una faena con pases de todas las marcas, entre los que destacan manoletinias y afarolados. Gran estocada. (Dos orejas, vuelta y salida a los medios.)

Los tres espadas son ovacionados.

Cuarto. — El Choni lancea con mucho valor. El toro toma las varas de reglamento. Una faena de alio y coloca una contraria que basta. (Muchas palmas.)

Quinto. — Pepin, después de una faena aceptable, mata de una entera y el descabello al segundo golpe. (Ovación.)

Sexto. — Recibe el toro las varas reglamentarias y, después de banderillar el matador, realiza una faena de alio, pero valiente. un pinchazo y una estocada. (Muchas palmas.)



Rafael M. Vázquez

Orejas para AGUADO DE CASTRO

y MANUEL NAVARRO en Albacete



Aguado de Castro

ALBACETE 27 (Mencheta). Seis novillos de Samuel Herma. un Parra (Parrita), Manuel Navarro y Aguado de Castro.

Primero. — Parrita veroniqua y oye palmas. Tres varas. Tres pares. Parrita inicia la faena de muleta con los pies juntos y uno por alto con los pies separados; otro por alto, tres naturales y uno de pecho. (Ovaciones.) Sigue con tres más con la izquierda; uno de pecho. Media estocada. (División de opiniones y palmas al toro.)

Segundo. — Tres puyas. Buen quite de Navarro y otro apretado de Aguado de Castro. Dos pares. Navarro muletea por alto y en redondo, ligando unas manoletinias,

secuencias. Media algo caída. (Ovación, oreja y vuelta. Se ovaciona al toro.)

Tercero. — Aguado de Castro instrumenta cuatro verónicas. Se luce en quites, así como Parrita. Dos puyazos y dos pares y medio. Aguado brinda al público y hace una faena adornada entre ovaciones y música. Una estocada saliendo revolcado. Descabella. (Ovación, oreja y vuelta. Ovación al toro.)

Cuarto. — Parrita lancea con elegancia y hace un quite valiente que se aplaude. Dos varas y dos medios pares. Instrumenta una faena por ayudados. Sigue luchando con las dificultades del toro y deja un pinchazo y una buena estocada. (División de opiniones y pitos al toro.)

Quinto. — Dos puyazos y un par y dos medios. Faena por bajo. Media delantera y descabella. (Palmas y salida.)

Sexto. — Tres puyazos. Dos pares y medio. Aguado hace una faena adornada y mata de media estocada. (Ovación y vuelta.)

Peso de las reses: 177, 194, 182

ESTADO DE MANOLO ESCUDERO

Machaquito sigue grave

De San Sebastián comunican que el matador de toros madrileño Manolo Escudero se ha agravado y se teme se le presente una pleuresía purulenta. Los médicos confían en salvar al diestro. Machaquito se encuentra muy

UNA CARTA DEL DUQUE DE PINOHERMOSO

Recibimos una carta del duque de Pinohermoso, con el ruego de su publicación, a lo que accedemos muy gustosos.

Madrid, 27 de agosto de 1944. Sr. D. Manuel Fernández Cuesta, Director de EL RUEDO.—Madrid.

Querido amigo: Aun no siendo mi la única irascible que se me atribuye en el artículo publicado en el último número de EL RUEDO, titulado «Carta a la vera de un «camburo» anciano», como dado el sentido de él pudiera dar lugar a interpretaciones erróneas, mucho te agradecería hicieras constar, con tu amabilidad de siempre, lo siguiente:

Primero. Que toda la responsabilidad concerniente a la presentación y estado de salud de las reses por mi criadas, es absolutamente mía, no tolerando inferencias ni imposiciones ajenas, que, además, no han existido.

Segundo. Que para el mayor esplendor de la Fiesta de Toros, honde colaborar armónicamente cuantos elementos intervienen en ella, entre otros, pretos y ganaderos, y si hay deficiencias y deficiencias, no debo ser yo el llamado a adjudicar el tanto de culpa. Esto corresponde al público, a la crítica y a cuantos están obligados a velar por ello. Nosotros, ganaderos, hemos de cuidar de la bravura, nobleza, pureza de sangre y presentación de los toros, y al que así no lo haga, le ofendamos se lo demande.

Peidana te importune rogándote le

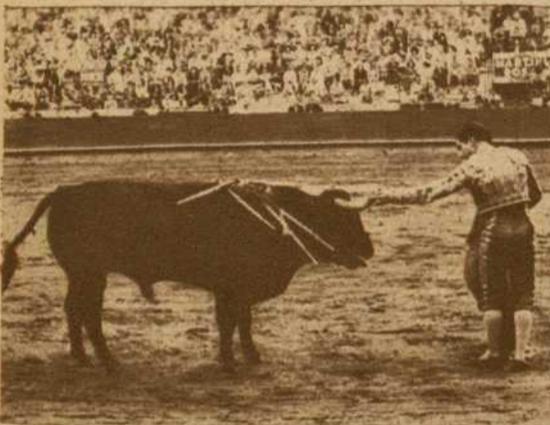
CARTEL DE BARCELONA



Los tres hermanos Antonio, Angel Luis y Pepe Bienvenida dispuestos a hacer el paseo



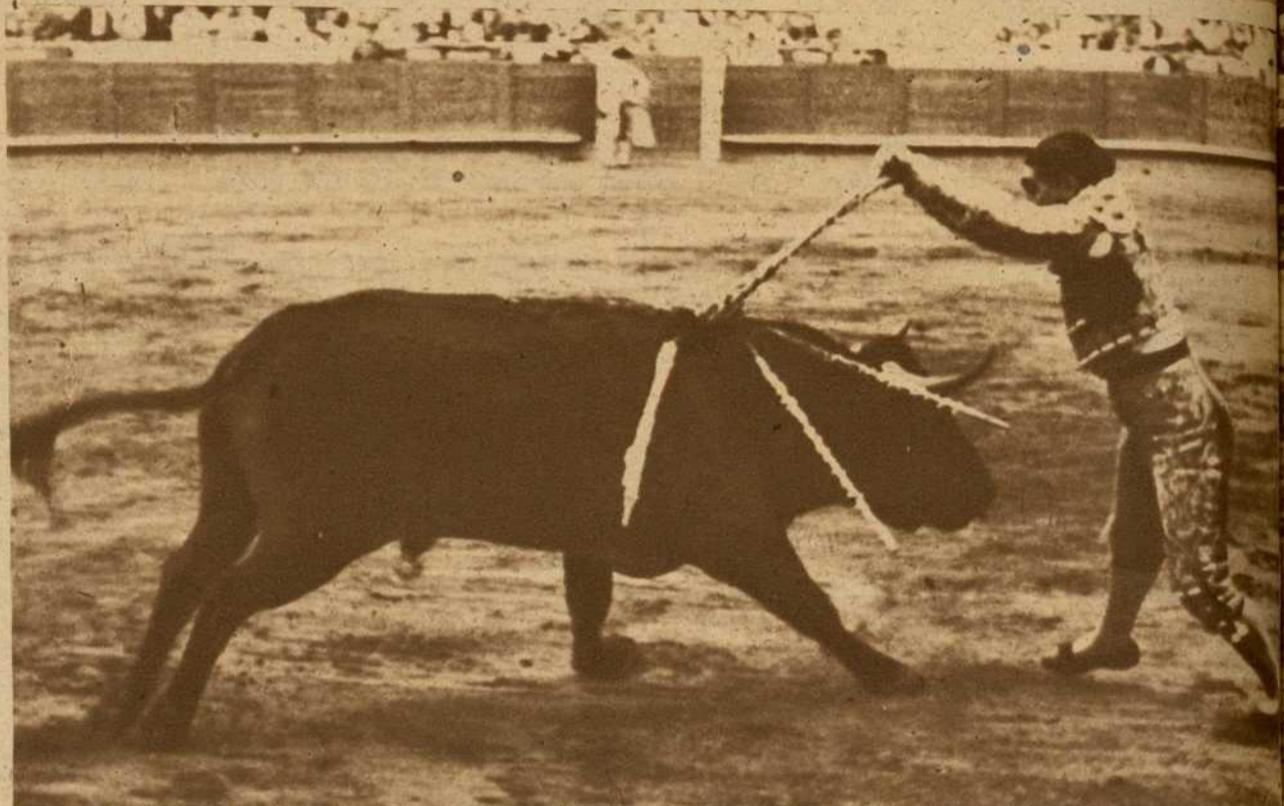
Un buen pase de muleta con la derecha de Antonio a uno de sus enemigos



Antonio Bienvenida se adorna después de una buena faena a su primer toro



Una verónica de Angel Luis en el tercer toro de



Pepe Bienvenida en uno de los magníficos pares de banderillas que puso al primero de la tarde, y en el que se le aplaudió por su valentía, ya que tuvo que hacerlo todo el matador, porque el toro llegó agotado al segundo tercio

RESEÑA

Barcelona, 27.—(De nuestro corresponsal, Suv'rán.)—Tarde calurosa y entoldada. La entrada es de unos tres cuartos de plaza. El primer toro de Clarac es «Pis de liebres», negro, como los cinco restantes, muy terciado. Pepote lo fija con unas verónicas que se aplauden. Tres varas y otros tantos quites vistosos de los espadas.

El torillo llega agotado a los palos, pese a lo cual Pepe le pone uno al sesgo bueno; otro inferior, haciéndolo todo el maestro, y cierra con un tercero magnífico. Ovación unánime.

Pepote hace una faena vistosa y pinturera aprovechando la nobleza del morito, toda con la derecha, con pases en redondo, aforolados y molinetes. Abrevia al quedarse sin enemigo y lo despacha con un pinchazo, media en buen sitio y descabello a la segunda. Ovación y saludos desde el tercio. Se aplaude al astado en el arrastre.

Segundo. «Alegria», de la misma talla que el anterior, con tendencia a la huida. Nada en quites por lo incierto de su embestida.

Tres pares, dos de ellos de Magritas, inmenso. Se le ovaciona.

Antonio Bienvenida se encuentra con un toro flojo, y a fuerza de alegrarlo saca algunos muletazos apreciables. Como no le pasa, recurre a los adornos y tocaduras de pitón, después de un achuchón al intentar el natural por la izquierda. A la primera igualada, media descolocada con derrame, de efectos rápidos.

Ovación y vuelta, con algunas protestas.

Tercero. «Buenas tardes», del mismo tipo, frenando las arrancadas y arrestrando levemente la pata izquierda. Toma dos varas y se tiene que cambiar la suerte sin dar lugar a quites.

Tres pares haciéndolo todo los peones, pues el toro hace cosas raras y es un marmolillo.

Angel Luis desarrolla una faena breve, con un enemigo inseguro por completo. Lo alinea con pases en redondo para cazarlo con algo más de media en buen sitio y descabello a la segunda. Silencio.

Cuarto. «Castán», más toro y más gordo que los anteriores. Pepe lo fija con unas buenas verónicas que se jalean. Le barrenan fuerte en el primer puyazo y se tiene que cambiar el tercio con una vara.

Antonio y Angel Luis lo torea al alimón, poniéndolo en suerte Pepe con la montera. Grandes aplausos.

Toman los palos los tres hermanos y, tras vistoso jugueteo, sale por delante Angel Luis con un par bueno, otro al sesgo de Antonio, y cierra Pepe con uno magnífico de dentro a fuera, saliendo del estribo. Ovaciones.

Brinda Pepe al respetable y comienza con pases por alto pintureros; sigue con redondos y molinetes; suena la música; hay tocaduras de pitón, adornos, y abrevia cuando se da cuenta de que el toro se acaba. Media muy buena que lo deja para el puntillero.

Ovación, vuelta y petición de oreja.

Quinto. «Escapulario», tan terciado como los tres primeros. Tres varas y nada en quites, pues se queda en los vuelos del capote al hacer el primero Antonio. Tres pares, y el segundo de los Bienvenida se encuentra con un toro al que consiente mucho, sin que pase, unos rodillazos valientes que el respetable no agradece, visto lo cual el matador tiende a la brevedad y lo alcanza con un pinchazo, una entera y descabello a la segunda. Silencio total.

Sexto. «Terugo», tan escote como sus hermanos, con muy mal estilo y también arrestrando la pata derecha. Dos varas en las que barrenan y tres pares relámpagos.

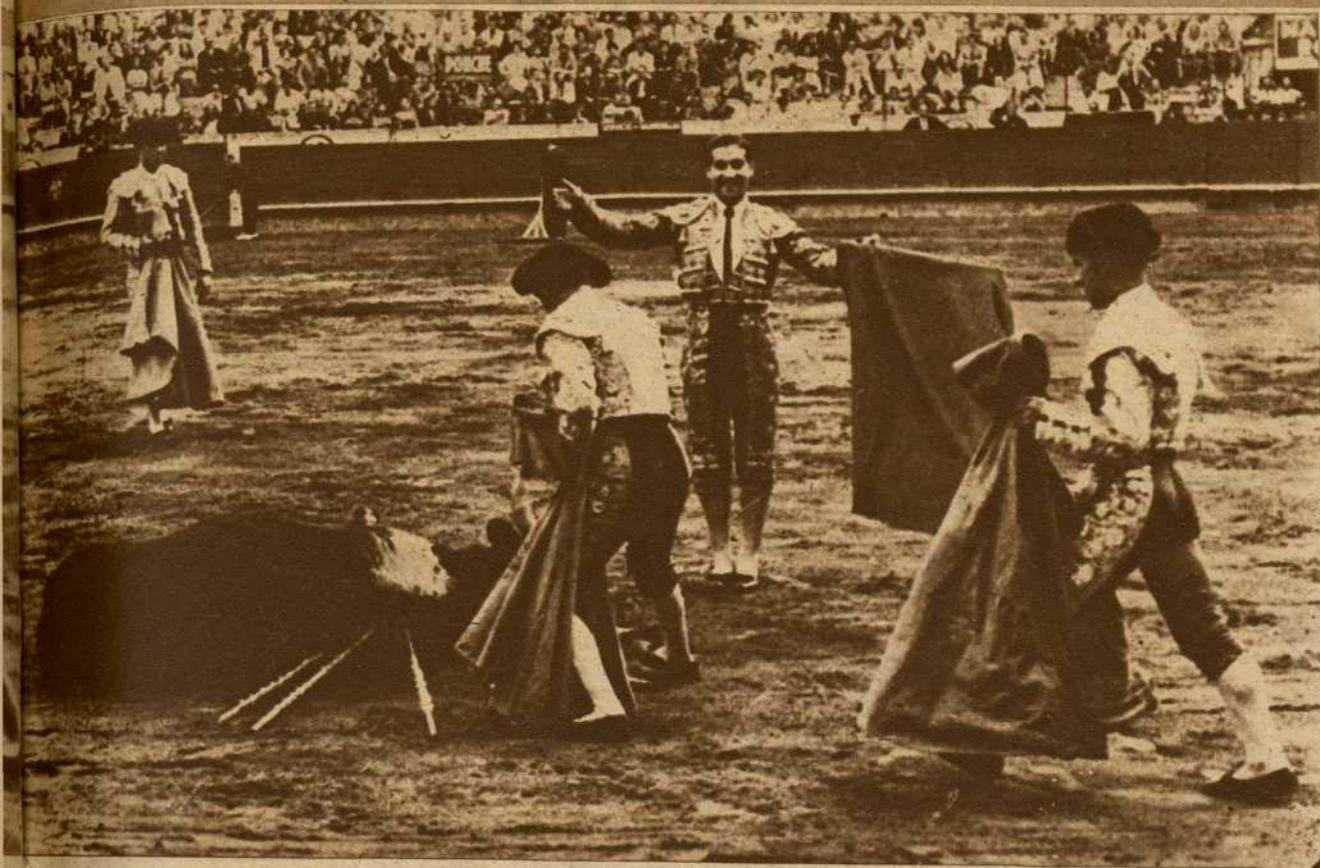
Angel Luis, ya en un ambiente frío, se lleva el toro al centro del anillo y quiere hacerle faena como sea, intentando el natural con la zurda. Larga una entera perpendicular a la que sigue un pinchazo hondo. En el descabello lo acierta a, décimo intento.

En pleno desfile, el público no sanciona la faena del matador. Pesos de los toros en canal: 260, 249, 233, 290, 267 y 239 kilos.



El gran par de dentro a fuera que colocó el mayor de los Bienvenida al cuarto toro

SEIS toros de CLAIRAC. para PEPE, ANTONIO Y ANGEL LUIS BIENVENIDA



Antonio Bienvenida, después de su alegre y pinturera faena al segundo de la tarde, saluda desde el tercio, correspondiendo así a las ovaciones del público, que le obligó a dar la vuelta al ruedo

JUICIO CRITICO

Nos hemos aburrido de lo lindo en la Monumental, y de ello sólo cabe culpar a las seis reses de don Leopoldo Lamamié de Clairac. Sólo uno de los toros mereció el calificativo de tal, recortadito y muy aseado de defensas. Unase a esto la blandura de los demás, pues uno de ellos hubo de pasar con sólo una vara; dos, con dos, y el resto, con tres, pero con pena y trabajo.

Los hermanos Bienvenida no tuvieron, pues, material que pudiera aprovecharse. Y no pudieron hacer más de lo que hicieron, y el respetable, de malhumor, no se dignó hacerse cargo de las dificultades de las reses, malográndose las faenas que podían haberse visto. Ciertamente es que los de Clairac no presentaron dificultades extremas ni tiraron cornadas; pero la poca alegría y el juego pobre que nos dieron no se prestaban a filigranas, y sólo cabía el despacharlos con brevedad y con decoro, cosa que lograron plenamente los tres hermanos, pues la corrida duró exactamente hora y media. Mas tampoco esto fué tomado en consideración por el conclave, y los tres matadores tuvieron que apachugar con los malos humores.

Pepote fué el que salió mejor librado de los tres, bien es verdad que le tocó el lote de menos sosería y con mayor margen para el lucimiento. Pudo sacar algunas tandas de verónicas muy buenas; colocó tres magníficos pares de banderillas en el que abrió plaza, y uno, formidable, que nos recordó al inolvidable Sánchez Mejías, en el cuarto. Tanto en uno como en el otro de sus toros tiró a la brevedad, pues ya hemos visto que los seis llegaron agotados, y por eso hubo algunos disconformes en su primero. Digan lo que quieran los detractores, Pepote continúa en el mismo lugar y a la espera de una corrida que rehabilite su inestimable cartel en Barcelona.

Antonio sólo pudo lucirse en su primero, y pasó inadvertido en su segundo. Angel Luis fué el más desafortunado de los tres.

Bien se puede asegurar que los más disgustados por el resultado de la corrida fueron los tres hermanos, y es de suponer que procuraban rehabilitarse en breve.



Angel Luis Bienvenida en un buen pase por alto al que cerró plaza, y en el que realizó una buena faena



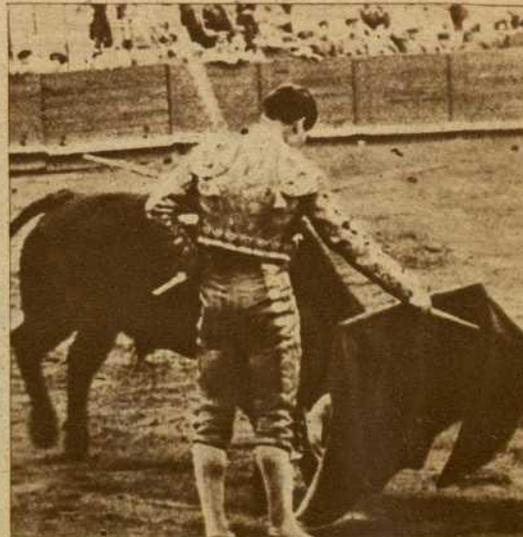
Una buena verónica de Pepe en el cuarto toro de la corrida



Angel Luis toeando al natural con quietud y suavidad al último de la tarde



Un lance de capa de rodillas de Antoñito

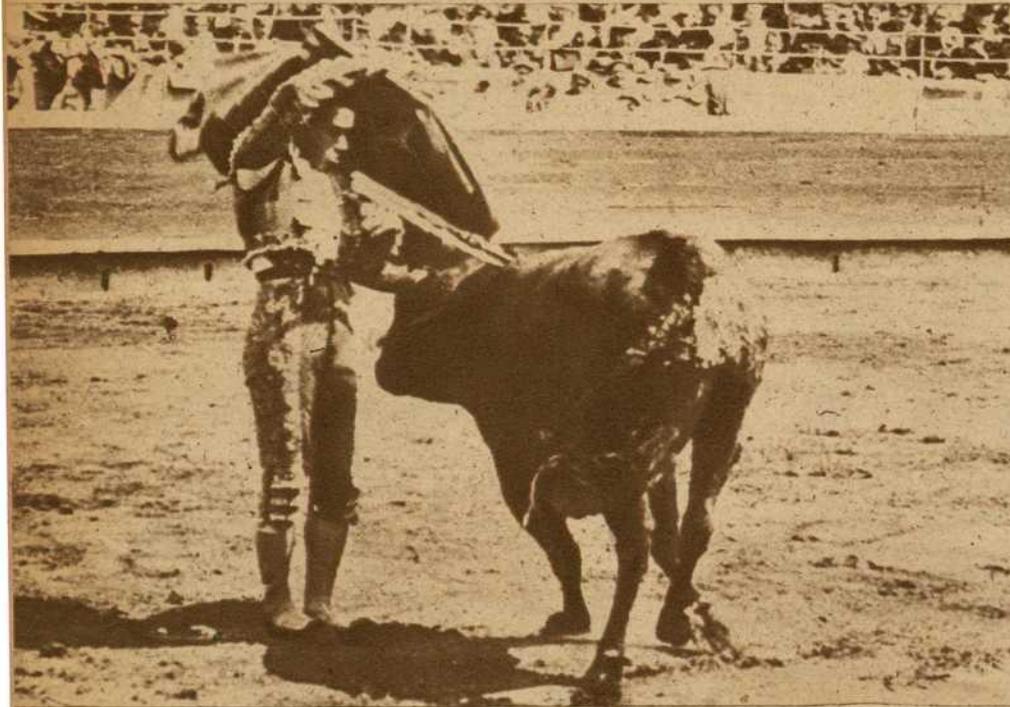


Antonio Bienvenida toreando de muleta al segundo

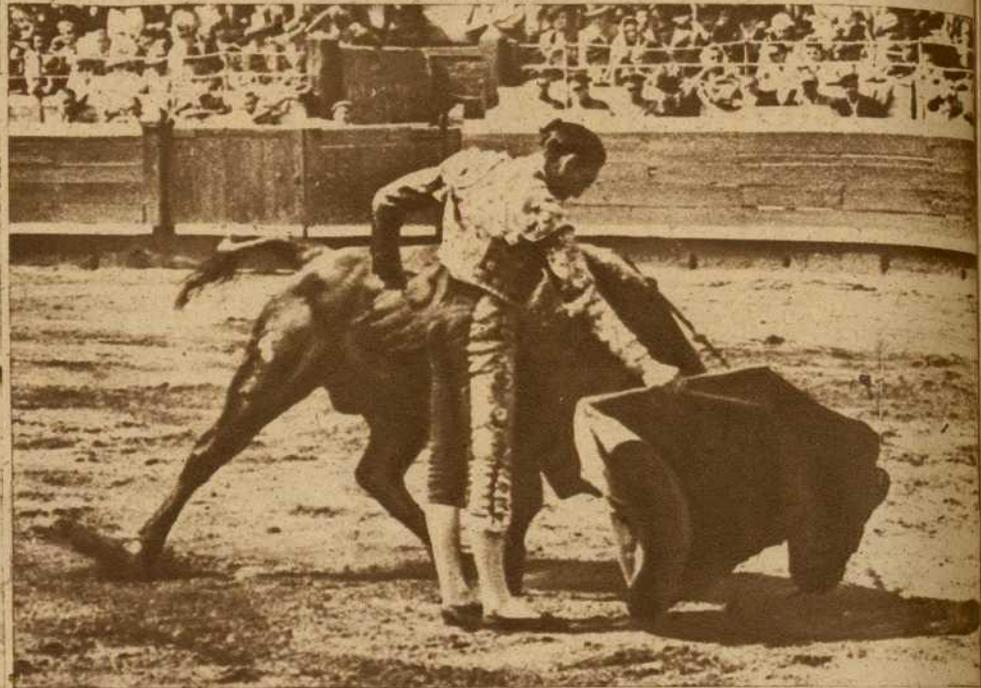
LAS CORRIDAS de la FERIA de BILBAO



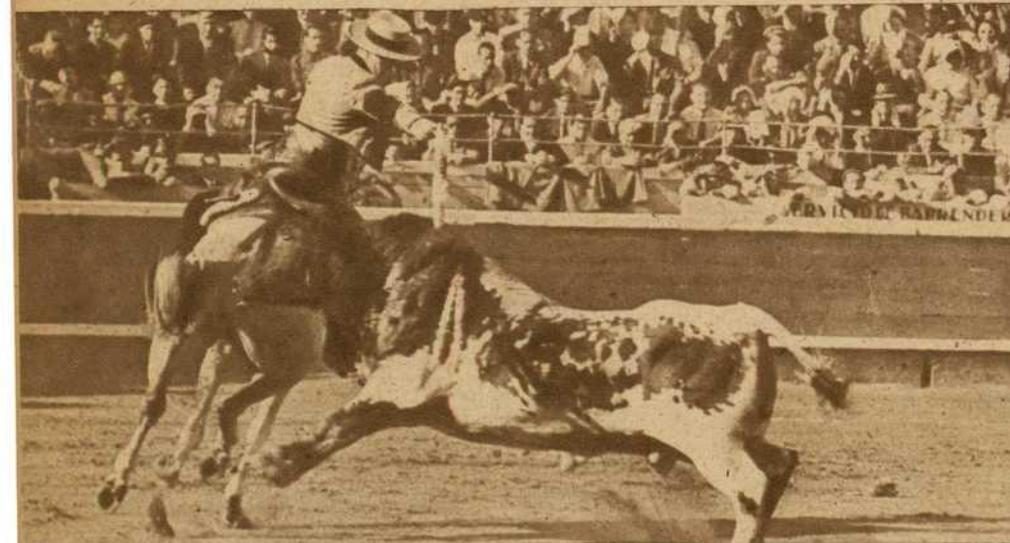
Manolete en un natural con la izquierda en la segunda corrida



Un pase afarolado de El Andaluz en su primera actuación



Manolete tempia en un pase con la derecha



Alvaro Domecq colocando de modo magnífico un rejón en lo alto con su habitual maestría

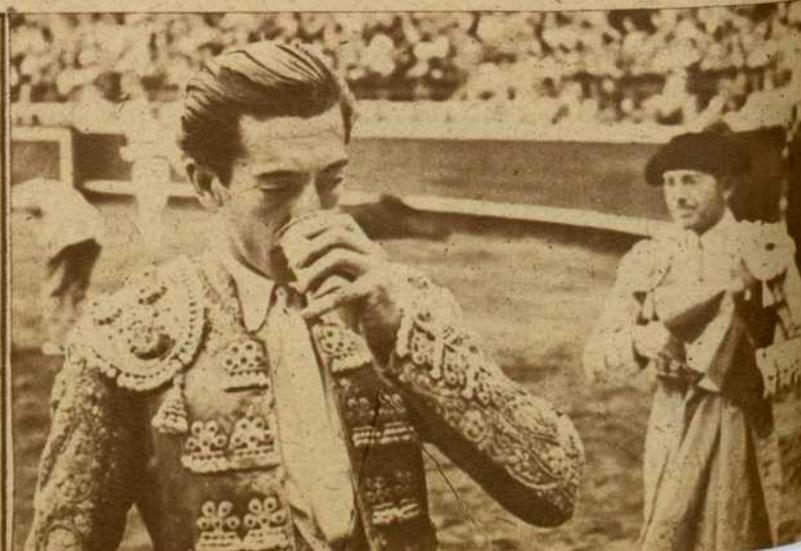


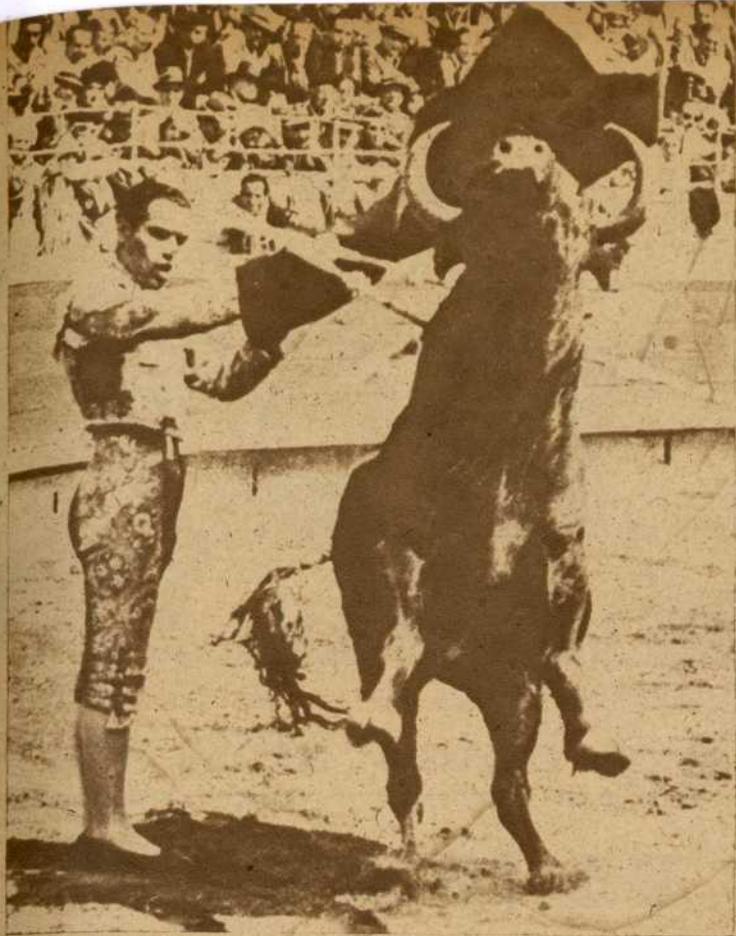
Valencia III toreando al natural a su primer toro
(Fotos Elorza.)

Un pase de pecho de El Estudiante

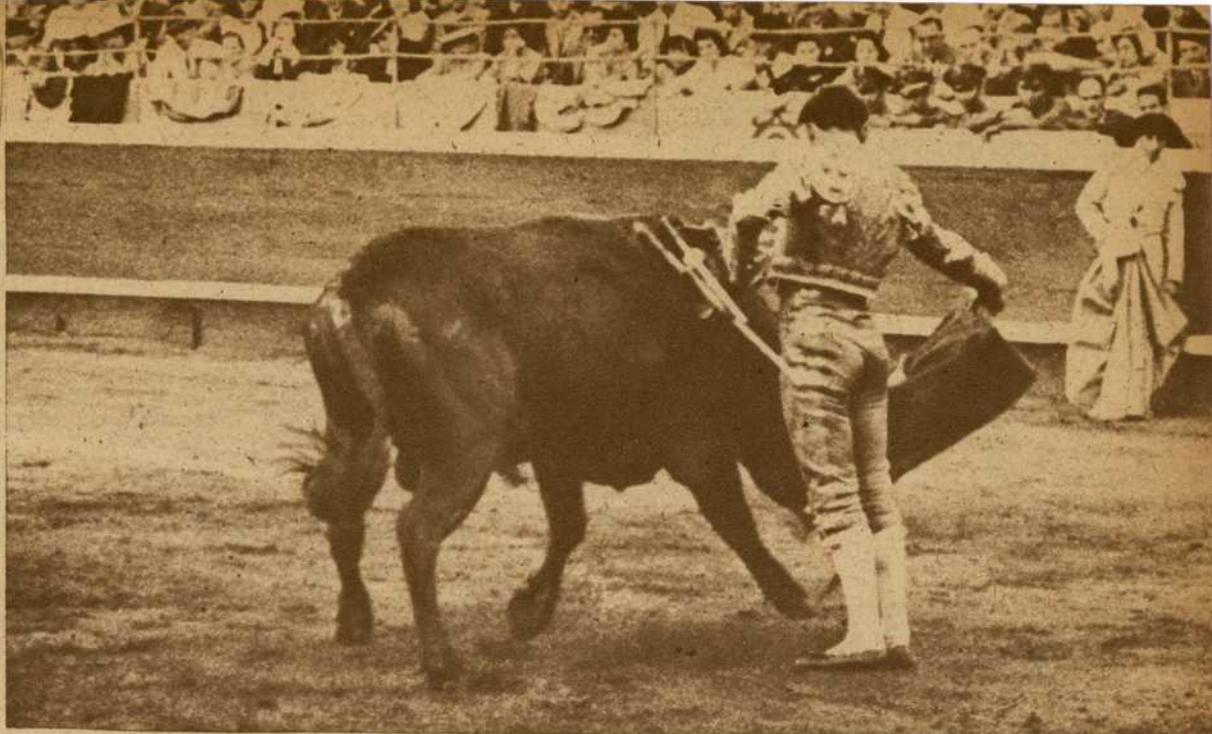


Durante la segunda corrida de la feria, Manolete refresca después de lidiar su primer toro





El Andaluz dando un pase ayudado por alto en su primera corrida de feria



Juanito Belmonte torea al natural en una de las corridas en que ha tomado parte



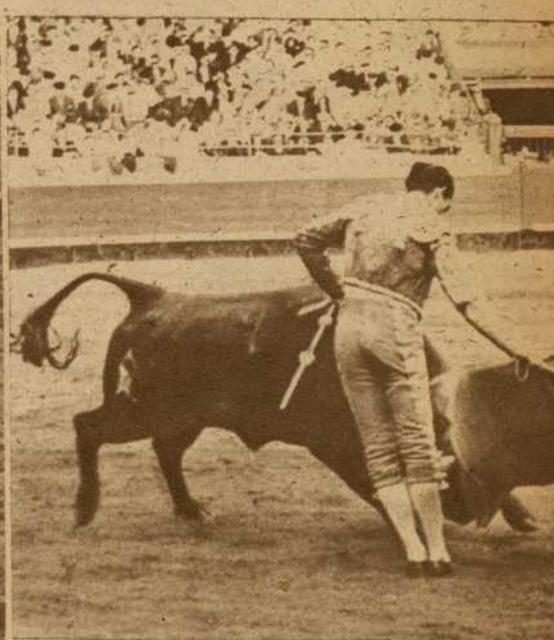
Valencia III saludando al público



Manolete corresponde a las ovaciones



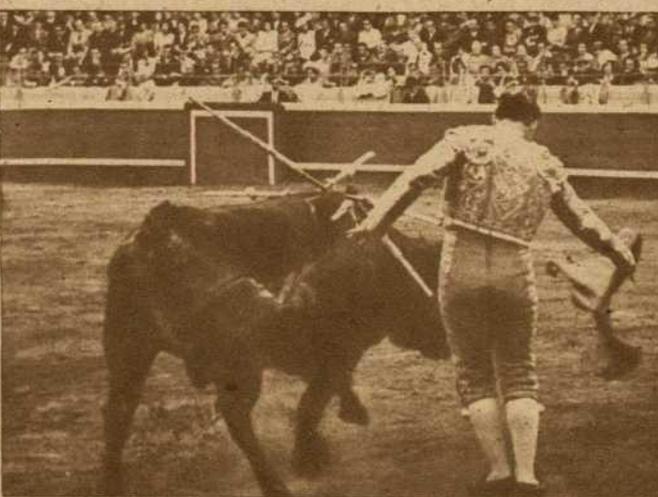
Un pase por alto con la derecha de El Andaluz



Un clásico parón de Manolete (Fotos Elorza.)



El diestro de Córdoba toreando con la izquierda en uno de los toros que ha lidiado en la feria



Pepe Bienvenida en una de sus faenas



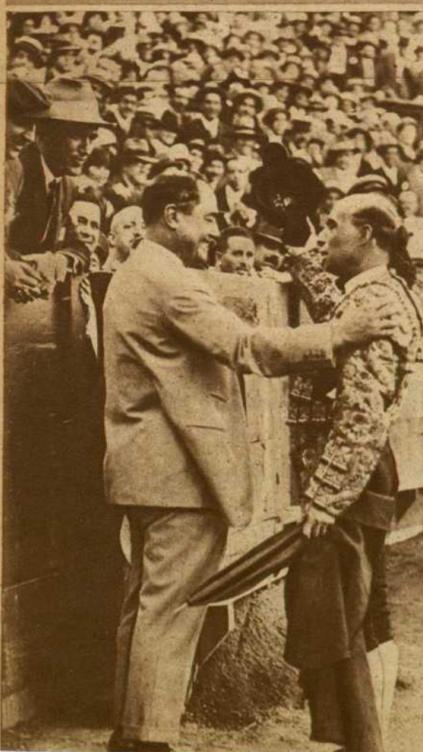
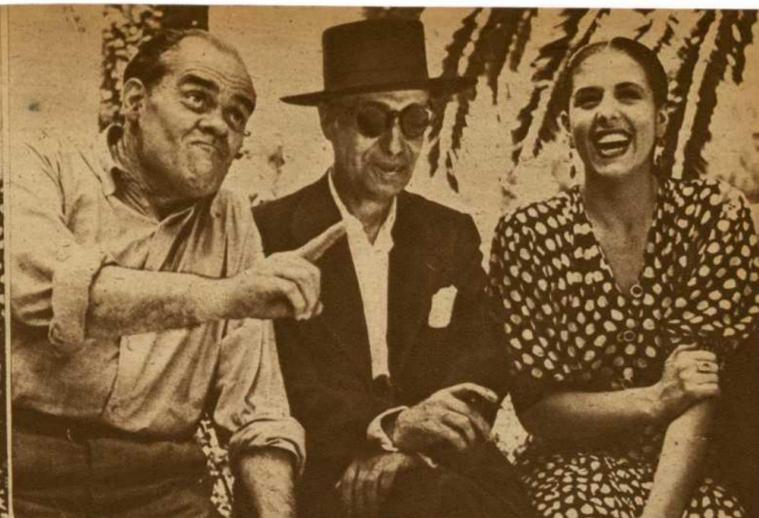
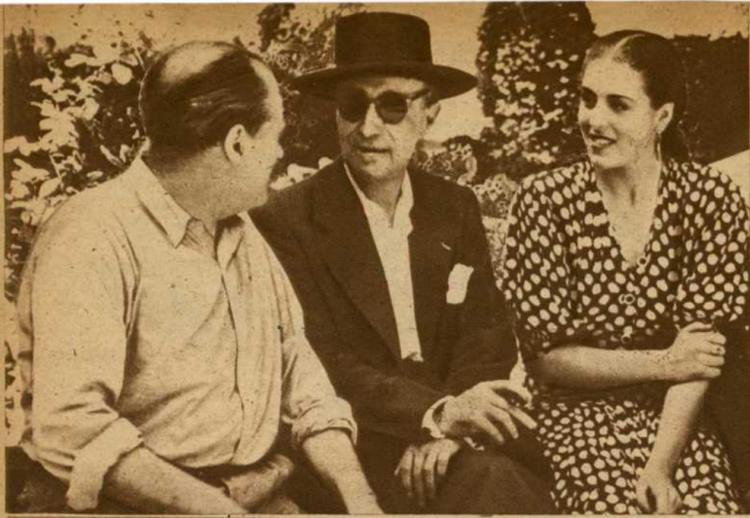
Otro momento de Manolete toreando al natural



Una caída peligrosa



El Andaluz con la oreja de uno de sus toros en la primera corrida que toreó en la feria bilbaína



Los cuarenta y cinco años de vida torera de RAFAEL EL GALLO

Cuando sale un toro de Miura... ¡"la fin" del mundo!...



XII

Como estos reportajes no son historia ni biografías — gracias a Dios — y, por no tener, no tienen ni orden ni concierto, resulta a estas alturas que habíamos quedado en hablar de las tres evoluciones: la de los públicos, la de los toreros y la de los toros. Y hemos hablado de las dos primeras, pero los toros se nos han quedado en los chiqueros, mientras Rafael y yo nos hemos ido por otros caminos de nuestra charla de varios días, a cuyo orden desordenado es al único, que me atengo, porque odio el calendario, el archivo y el fichero como los tres enemigos de la amenidad y porque si por el hilo se saca todo el ovillo, por la charla se va y se viene y se vuelve al punto de partida, y así al toro, que parecía ya olvidado, va a salir, inmediatamente al ruedo de EL RUEDO.

¡Tarar!...

Sale del toril acudiendo al capote de las supersticiones, cuyo punto hemos agitado en el capítulo anterior. Rafael ya nos ha convencido de que no le causan pavor ni la «bicha», ni el número trece. Vamos a la prueba definitiva.

—¿Y los Miuras?
—¿Qué?
—Eso, los Miuras, su leyenda negra, su tragedia...
—Eso son toros de los que necesita un torero para acreditar. Haga usted una faena con un Miura y la cuestión arriba le parecerá cuesta abajo.
—No me diga.
—¿Pero qué más quiere un torero que consagrarse con un Miura? Yo no sé a qué viene el recelo con estos bichos. De mí puedo decirle que no les he hecho ascos nunca.
Y es verdad. Rafael es de los toreros que más corridas de Miura han despachado, probablemente el que más. Y que este nombre, Miura, no le causaba más impresión que el de otra ganadería cualquiera, es un hecho. Cuando el empresario Eduardo Pagés lo trajo a España —ya Rafael cincuen-

tón, pero tan impávido y faraónico como siempre—, lo tocó a las ferias de Valladolid. Pagés hizo sus combinaciones de nombres y por más vueltas que le dió, no tenía más remedio que incluir a El Gallo en la corrida de Miura. Creía el empresario que esto iba a originar un disgusto fuerte a sel divino calvos y no le dijo nada, esperanzado en que el diestro no le hiciera esa pregunta que formulan casi todos: —¿De quién son los toros?

Había toreado Rafael el día anterior en otra plaza y llegó de madrugada y cansado a Valladolid. Una vez en el hotel, se quiso acostar en seguida. Pagés, que le veía ya en pijama, creía que se había pasado lo fuerte del peligroso temporal. Rafael se metió entre sábanas. Ya el empresario le decía desde la puerta:

—¡Vaya! ¡Descansar!
—Oye, Eduardo, ¿de quién son los toros?

Al preguntado se lo hizo un nudo en la garganta. Tragó saliva. Aparató, hasta donde era posible, naturalidad, y dijo, con un hilo de voz amparada en una sonrisa que era la mueca de Boris Karloff.

—Da... Miura.
—¿Qué iba a pasar? ¿Iba a surgir El Gallo supersticioso de las crónicas y las habladerías? Pagés sudaba. Qué respiro cuando oyó estas palabras:

—Está bueno. Ya hacia tiempo que no me soltaban esos pajaritos. Tenía ganas yo de matar una de Miura. ¡Que me alegro, hombre! Se agradece la atención.

Pagés se fué medio loco. Rafael apagó la luz, se durmió casi instantáneamente y cuando, una hora antes de empezar la corrida, entró el mozo de ostojos, aun dormita con sueño tranquilo y feliz. Doce horas de un tirón.

Los Miuras han inquietado siempre a los toreros. El propio Joselito y el propio Belmonte, no podían borrar un gesto de preocupación cuando de rosos de esta ganadería se trataba. Y ha habido toreros antiguos y modernos que se han resistido siempre a torear Miuras. Toreros que no tienen fama de supersticiosos y que, a pesar de eso, admiten todo, menos un Miura. No hace falta señalar con el dedo, ni lo decimos aquí como una consigna, puesto que son toreros que han hecho —y hacen— grandes carreras por sus merecimientos y su valor y su arte. Es sólo una observación, una nota psicológica interesante.

—Antes, cuando la gente se fijaba no sólo en el nombre de los toreros, sino en el del ganadero, no se podía dar una feria sin incluir en ella los toros de Miura. Así que en mis años buenos, los ha habido que me he echado fuera treinta y treinta y cinco corridas de los niños.

—¿Para que luego digan!
—¿Y a mí que más me daba Miuras o de otra marca? Toros son todos. Y como los humanos descendemos de Eva,

todas las ganaderías descienden de Saavedra. A mí, particularmente, me gustaban los de Saltillo, hoy Parladé. Pero los Parladé de hoy, de Saltillo ayer, por la línea de Saavedra han venido. Como los Miuras y como todos.

—Sin embargo, la casta...
—La casta depende del cuidado y talento del ganadero y no eso: afición. Y en esta afición, cada día más mermada, triunfa el que sabe aprovechar mejor la simiente. Pero, eso sí: de Saavedra viene todo y los Miuras también.

—¿Así que usted no cree en la leyenda?
—¡Párese sin más tardanza!, como dicen al otro lado del charco. El Miura existe, con todos sus pelos y señales. Es como el «gordo» de la Lotería. Que safe uno de uvas a pezet. Y cuando sale... ¡«La fin» del mundo!

—¿Cuántos le han salido a usted en sus cuarenta y cinco años de vida torera?
—Ninguno y en buena hora lo diga. ¿No le he dicho que es como el «gordo»? Al que lo toca, le toca. Yo, en toda mi vida por las plazas, no he visto más que dos Miuras «Miuras».

Con la marca de la casa. ¡Qué dos! El uno lo tocó a Paco Madrid, y cuando el hombre cogió la muleta, ya había mandado la fiera cuatro a la enfermería. Cómo sería el maldito, que la gente volvía la espalda y pedían que no lo matara. El otro lo tocó a Vicente Segura. Ya estaba en el tendido y me salió para no verlo. Le cogió al entrar a matar. Eran toros que parecía que llevaban una persona dentro, de lo bien que discurrían. Una persona con muy malas intenciones.

—¿Si le llegan a tocar a usted!
—No hubiera pasado nada.
—¿No?
—No. Me hubiera ido a casa. Se puede luchar con animales, con más o menos instinto. Pero cuando el animal tiene cerebro y piensa igual o mejor que usted y que yo, no hay nada que hacer. Todos los Miuras que yo he visto han salido buenos, menos esos dos. ¿Por qué iba a tenerlos prevención? ¡Si con muchos de ellos he hecho las mejores faenas de mi vida! Con los Miuras, lo que hace falta es que no tenga una mala pata de que le toque el especial, el que justifica la leyenda negra. Y eso, como ha visto usted, es muy difícil.

—Conformes. Y dejando aparte lo de los Miuras y volviendo al toro en general...
—El toro de hoy es casi un milagro y el de mañana será el milagro completo, al que no le faltará más que tocar la bocina cuando vaya a embestir. Por el cruce y la selección se ha llegado a resultados que hace veinte años no se podían ni soñar.

—¿Qué pasaba hace veinte años?
—Los toros no se paraban. Había que fatigarse corriendo detrás de ellos y el torero acababa con la lengua fuera. No sa-

bían entrar por derecho, por las vías del tren, y por eso predominaba la lidia, o sea, la preparación y el castigo para ponerlos a punto a la hora de matar, que era lo que valía. Los cuernos eran así, ¿ve usted?

Me enseñaba el brazo, desde el hombro hasta los dedos y doblaba un poco el codo.
—Así y más.

—Tiempos que se fueron...
—Y no volverán. Porque así como ha progresado el cine y la luz y el automóvil, así ha progresado el toro. Para el torero de ahora se ha fabricado el toro de ahora. ¡Un invento! Con régimen de alimentación, como las estrellas de la pantalla. Con las fuerzas medidas. Con los pases contados y controlados. Con los pitones hechos escogiendo sesenta y vacas de cabezas bonitas y recortadas. Con estos toros se puede torear y el que sabe hacerlo se hace millonario en poco tiempo. Porque hoy se torea como nunca. Bien es verdad que si se torea como nunca es porque hay unos toros como nunca, unos toros hechos ex profeso. De Exposición.

—Y, según dicen, de pocas arrobas.
—Hay algo de eso. Toros con 300 kilos salen muy pocos. Me acuerdo de lo que nos soltaban en plazas como Bilbao, Pamplona, Zaragoza... ¡Daban miedo!

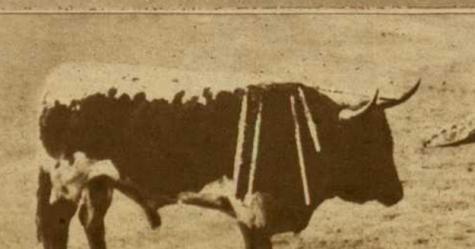
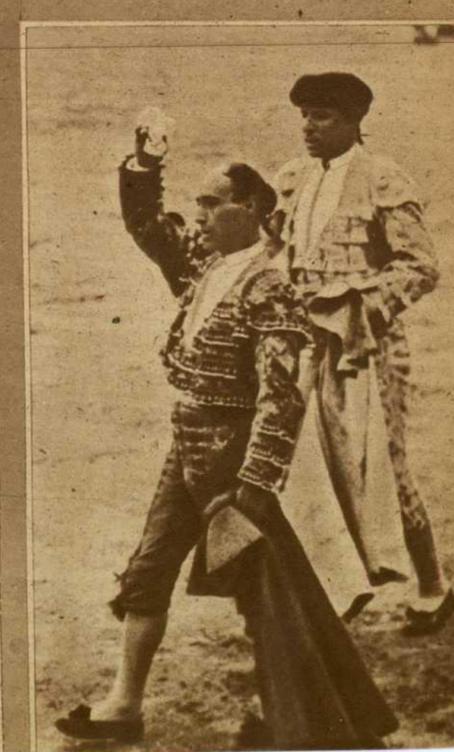
—Ahora que todo sube, los toros bajan... per lo menos en la báscula.
—Como que no hay quien le abra hoy a un toro el cajón por detrás.
—No entiendo.

—¡Novato! Antes, en los desencajonamientos, había la contumbra, cuando la corrida era gorda, de sacar al toro por la parte del rabo en lugar de la de los cuernos, para que el público viera que había carne...
—En resumen que el toro de hoy...

—El toro de hoy que ha tenido que acoplarse al toro de hoy, está hecho, fabricado y pensado para los gustos y las modas de la época. Y aun queda el toro de mañana. A ese no le va a faltar más que hablar.

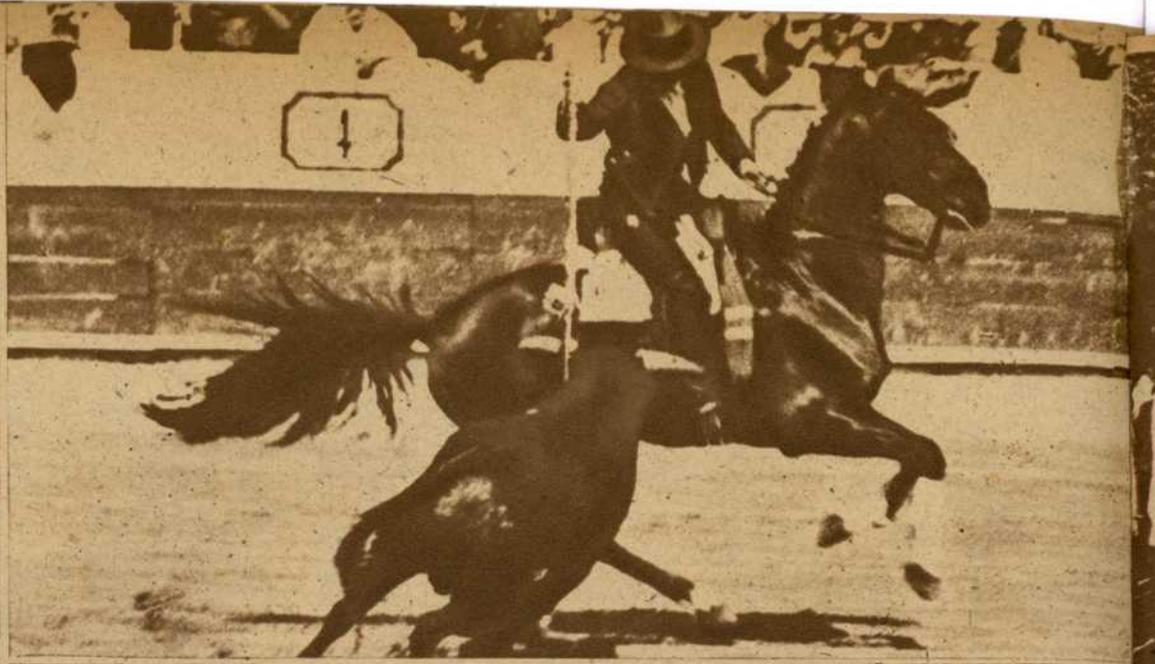
RAFAEL MARTINEZ GANDIA

(Fotos Arenas, Balomero y Archivo)





Alvaro Domecq, el gran caballista español, citando al toro, en un alarde de consumado jinete



Nuestro extraordinario jinete, en plena lidia a caballo, en el momento de clavar un rejón

El mejor "libro" sobre el Arte de la Gineta

ES LA PERSONA DEL CABALLERO JEREZANO DON ALVARO DOMECCQ

Por cierto que en el capítulo XVII de la segunda parte trata «de cómo se an de esperar los toros a cavallo con lança cara a cara, y de lo que en ello conviene hazer».

Igualmente he saboreado el «Libro de la Montería que mandó escribir el Muy Alto y Muy Poderoso Rey Don Alfonso de Castilla y de León, último deste nombre. Acrecentado por Gonzalo Argote de Molina en el año 1582».

Entre los libros de esta índole que han caído en mis manos, se encuentra el de las «Advertencias y obligaciones para torear con el rejón. Por don Luis de Trexo, Cavallero del Orden de Santiago, Señor de las Villas y Castillos de Grimaldos, Almográque y Corchuelos y Señor de la Casa de su apellido y capitán de Cavallos de Coraças española, por Su Majestad», que lleva fecha del 1639.

Y finalmente, además del ya citado «Discurso de la Cavallería del Torear», he gustado de la lectura del «Libro de ejercicios de la Gineta, compuesto por el capitán don Bernardo de Vargas Machuca, indiano, natural de Simancas, en 688, Castilla la Vieja», libro en cuya cubierta se ha estampado la fecha del año 1600.

Todos los libros y folletos anteriormente citados los he leído con enorme cuidado y con gran detenimiento, y el recuerdo de todos estos consejos y el haber presenciado la labor del caballero y jinete don Alvaro Domecq, me ha movido, a pesar de mis años, a coger la pluma y romper el anónimo de mi vida, tras el seudónimo de un maestro de la Gineta.

Lo que yo y todos los españoles en general hemos visto y estamos presenciando ejecutar al coloso de la Caballería, don Alvaro Domecq, aristócrata jerezano, jamás ha entrado en magín humano.

Claro y lógico es que Domecq no siga al pie de la letra aquellos consejos para alancear, porque aquello ya ha pasado; pero lo que sigue siendo lo mismo es el caballo y el peligro del toro, y una y otra cosa los ha dominado de tal suerte el caballero jerezano, que en el ruedo se puede asegurar, y así

lo aseguro porque me consta, por haberlo presenciado y preciarne de entender mucho de esto, en el ruedo, ante el toro y sobre el caballo no hay más que una voluntad, no hay más que un mando y no hay más que un arte y un derroche de valor por parte de don Alvaro Domecq, dueño y señor de su cabalgadura y también señor y dueño del toro, al que engaña, esquiva, encela, embravece e incluso puede que le haga concebir esperanzas de que va a prender al jinete, y por eso corre y corre sin tregua ni descanso tras del caballero, que, templando la velocidad, midiendo los terrenos como un consumado maestro que es, se deja perseguir llevando pegado a la grupa del caballo los afilados cuernos de la fiera astada.

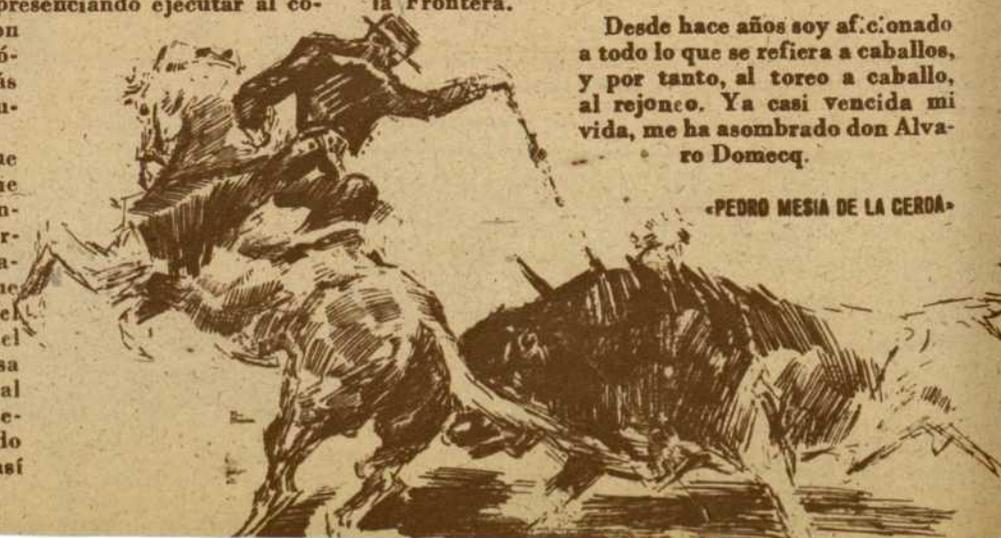
Este gran jinete de hoy en día, señor en todo y por todo, además de un jinete sin par, ha llegado a tal dominio en el momento de clavar rejones y banderillas, que todas las reses con las que actúa mueren caladas por arriba, como ahora se dice, o luciendo en todo lo alto del morrillo los pares de banderillas, que caen a los lados de los costillares como si todas estuvieran amarradas por los arponcillos.

Los libros que se ocupan del «Toreo a la Gineta», a que he hecho referencia anteriormente, ya no son nada ni nada representan, y ahora el mejor Tratado del toreo a caballo no es ningún tomo ni ningún librote: es única y sencillamente un nombre y un apellido: don Alvaro Domecq.

Con toros grandes, con toros de genio, incluso con un Mjura, el aristócrata jerezano ha medido sus fuerzas, y en el encuentro, ¡cómo no!, ha salido siempre vencedor el jinete, que ha engañado y ha impuesto su libre albedrío a las reses, y esto ocurre así porque Domecq es un maestro único en el toreo a caballo, y por si esto fuera poco, su arte está puesto a disposición de una causa noble y admirable: la ayuda a los niños pobres de Jerez de la Frontera.

Desde hace años soy aficionado a todo lo que se refiera a caballos, y por tanto, al toreo a caballo, al rejoneo. Ya casi vencida mi vida, me ha asombrado don Alvaro Domecq.

—PEDRO MESIA DE LA CERDA—



DESDE hace muchos años soy aficionado a todo lo que se refiere a caballos, y por ende esa afición ha llegado hasta el rejoneo, hasta la lucha del jinete con el toro.

Desde que sentí esta afición y este regusto por los caballos y el rejoneo han pasado tantos años que, ya muy adentrado en la curva descendente de la vida, escribo unas líneas y me acojo a la bondad de EL RUEDO para ver si en él logran alcanzar la luz pública, y avergonzado por mi tardía llegada al campo del periodismo, en el que me asomaré solamente por esta vez, escudo mi nombre, lo oculto tras el seudónimo y escojo como tal el nombre y apellidos de don Pedro Mesía de la Cerda, Caballero de la Orden de Alcántara y autor del interesantísimo folleto titulado «Discurso de la Cavallería del Torear», editado y dado a conocer en el año 1653.

Mi desmedida afición, repito, por el rejoneo, me ha llevado a leer y releer, a conocer a pies juntillas y renglón a renglón los grandes Tratados que del Arte de la Gineta se han publicado, y aseguro que conozco la «Advertencia para Cavalleros que salieren a torear a la Plaza en las fiestas Reales, escritas por un cavallero a quien la Majestad del Señor Rey don Philippe Quarto, que está en el cielo, mandó escribir en ocasión de venir a España la Reina Nuestra Señora doña Mariana de Austria». Este libro, editado hacia el año 1624, se atribuye a don Gregorio de Tapia y Salzedo.

También conozco, ce por be, el «Tratado de la Cavallería a la Gineta, compuesto y ordenado por el capitán Pedro de Aguilar, vezino de Málaga, natural de la ciudad de Antequera, añadido en esta impresión muchas adiciones del mesmo autor. Dirigido a la majestad del rey don Philippe nuestro señor, segundo de este nombre». El mentado folleto lleva fecha del año 1600.



El entierro de Manolo Bienvenida.—En primer término, llevando la caja, Antonio Márquez y Pepe Sánchez Mejías.—A la derecha: El último retrato del infortunado torero, que falleció el 31 de agosto de 1938, en la clínica de San Ignacio, de San Sebastián, víctima de cruel enfermedad

EN EL SEXTO ANIVERSARIO

Un recuerdo a Manolo Bienvenida

Por DON INDALECIO

AUNQUE joven, como "elegido de dios", Manolo Bienvenida halló la muerte en forma inadecuada: ni en su arte, en la arena soleada de un ruedo, como un Joselito, ni en los frentes de lucha, como tantos de su edad, en nuestra guerra de Liberación. Murió, tras penosa enfermedad, en una clínica vulgar, sometido a operaciones quirúrgicas. Ocurrió el óbito el día 31 de agosto de 1938. No había cumplido todavía los veintiséis años y había hecho nueve temporadas de matador de toros.

Grandes toreros que surgieron inmediatamente y caldearon las pasiones han sido la causa de que la figura de Manolo Bienvenida quede al margen y desdibujada entre los aficionados de última hora. No se le nombra, no se le echaba en falta. Nadie dice: "¡Qué falta nos hace un Manolo Bienvenida!" ¿Es esto justo? ¡No! Creo que yo puedo decirlo, pues no fui un exaltado panegirista suyo, y aun en los "alrededores" del torero pudieron creer que yo me distinguía en un partido de oposición. Menos mal que advertieron que la oposición no era venal; detalle muy interesante en cierto ambiente de turbias aguas. Por fortuna, a pesar de lo turbio, nos conocemos todos.

Muy pronto los árboles nos permitirán ver el bosque. Quiero decir que, en seguida, cualquier escritor aficionado, con simpatía, pero sin partidismo, podrá hacer la biografía del tercer Manolo Bienvenida: Manuel Mejías y Luján, Manuel Mejías y Rapela y Manuel Mejías y Jiménez, Abuelo, padre y nieto. Para la historia del tercer Manolo contamos ya con un libro muy ameno, muy bien visto, con movilidad de reportaje, pero escrito en vida del torero y en un ambiente de íntima amistad: "Casta de toreros", de Felipe Sassone. Se precisa ahora, dentro de poco, como he dicho, el estudio en frío y en técnico. Esto es, interesarán más que las fechas el cómo y el porqué de la manera de torear de Manuel Mejías y Jiménez.

Yo no fui amigo de este Manolo Bienvenida. Lo soy de muy pocos toreros. Y cuando el caso llega, lo soy "a posteriori". Me explicaré: primero necesito que su manera de torear me guste sin reservas, que yo sea un admirador imparcial y que en mis críticas haya podido demostrar esa admiración. Si después de eso alguien me presenta al artista, no hay inconveniente en continuar la relación. Ni peligro tampoco porque la amistad pueda llevarme a un excesivo trato de favor. Por el contrario, si un torero no me gusta, si lo encuentro mediocre o vulgar, o de técnica equivocada, cómo he de poder ser su amigo, si constantemente he de tener que decir por escrito que no supo despertar mi admiración? El trance de verme con él me resultaría demasiado duro.

Poco antes de morir, la temporada anterior, me presentaron a Manolo Bienvenida. Y fue de esta manera: Me habían encargado, en mi ciudad de Zaragoza, en unión de dos comisionados "no taurinos", la organización de una corrida de toros, en homenaje a nuestra gloriosa Aviación. A pesar de las circunstancias y de que se iban celebrando muchas corridas en las que los toreros no cobraron un céntimo, en aquella corrida se pagarían los toros y los toreros. Nos dieron carta blanca, pues, para contratar toreros; y respecto a ganadería, se nos hizo esta indicación: o de Graciliano Pérez Tabernero o de su hermano Antonio. Como éste ya había lidiado una corrida...

primero habríamos de hablar con Graciliano.

—¿Tiene usted una corrida de toros?

—La tengo.

—Pues dentro de un rato vamos por ella.

Y fuimos, la ajustamos y... empezaron nuestras fatigas. Habíamos pensado, como espadas, en Fulano, Mengano y Manolo Bienvenida. Con Fulano contábamos seguro. ¿Quién podía dudarlo? Desde Zaragoza se le había anticipado algo, y además, Fulano era un torero a quien yo siempre le había dado "trato de nación favorita".

—Fulano, seguro. Yo le hablaré.

Y lo hablé en cuanto llegamos a San Sebastián, en aquellos tiempos, importante centro de contratación. Fulano "se me puso de manos".

—Ya sé que han comprado ustedes una corrida muy grande de Graciliano... A mí me habían dicho que serían de Antonio...

Y después de "que sí" y de "que no", y de soltarme algunas impertinencias contra los que forman parte de comisiones, acabé yo la cuestión:

—Mire usted, por lo que a mí respecta, todos los asuntos de toros en que intervengo me cuestan dinero. Y el formar parte de esta Comisión, también. H.cha esta aclaración le pregunto: ¿Quiere usted torear esta corrida, sí o no?

La contestación fué negativa. Nuestra gestión con Fulano estaba terminada. Al despedirme suavizó asperezas, y me dijo:

—Me figuro que, a pesar de lo ocurrido, nuestra amistad será tan buena como siempre...

—Indudablemente. ¿Por qué no?—le contesté.

Apte aquel mi fracaso, que mis compañeros pudieron presentar como un "éxito de risa", con el torero en quien yo confiaba, me replegué en "mi influencia" y leg anuncié:

—Con Manolo Bienvenida van a tratar ustedes. Después de lo ocurrido con Fulano, que era el amigo, cualquiera le dice al que no lo es que yo formo parte de la Comisión! Habían ustedes solos con él; yo no quiero ser un estorbo.

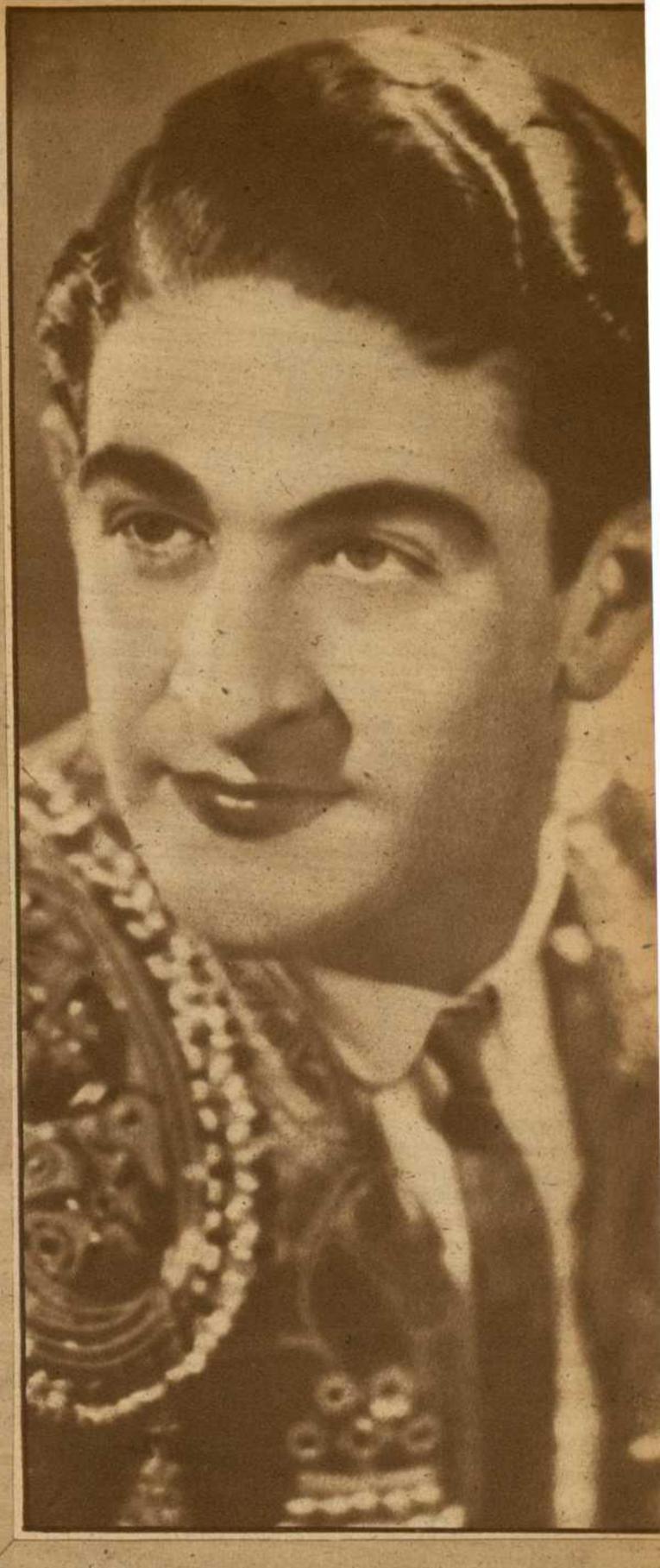
En seguida llegaba al Choko el mayor de los hijos del Papa Negro. Muy pocas palabras con mis amigos, quienes al punto reclamaban mi presencia para ultimar el ajuste. Una breve y formularia presentación, con mi nombre y sin que salga a relucir mi seudónimo, y toda suerte de facilidades por parte del torero que nos interesaba.

Yo toreo esa corrida y me pagan ustedes lo que quieran. En estas circunstancias, a todos nos interesa torear y ganar unas pesetas, que nos hacen falta. Por mi parte, no hay nada más que hablar.

—¿Le parece a usted "tanto"?—dijo uno de nosotros.

—Ya he dicho que lo que ustedes señalen.

La contrata de Manolo no pudo ser más rápida ni más cordial. Ultimada ya, seguimos un rato de tertulia, aumentada la peña con la presencia de una afamadísima figura del mundillo taurino, y a quien Bienvenida le preguntó por alguna cosa desagradable que había ocurrido con un revistero de cierto lugar. "de



un artículo, al hablar del dinero de los toreros, en relación con no sé qué, había empleado la frase "del dinero de Judas". Manolo estaba ofendido justamente. Y dirigiéndose al "taurino" aludido, y señalándome a mí, le dijo:

—Porque de cosas de dinero puede hablar este señor, pero no otros; y menos que nadie, es que habla "del dinero de Judas".

Manolo Mejías se había comido la partida. En la presentación no se había dado por aludido ante mi nombre; pero no se le había escapado el conocimiento de que tras él había un seudónimo que quizá a sus oídos llegase poco grato. A pesar de ello, en la conversación, en asunto que no me atañe, se refiere a mí con elogio caballeresco. Manolo Bienvenida se ganaba mi amistad por el camino de la simpatía.

En la corrida que habíamos organizado, Antonio Márquez, Domingo Ortega y Manolo Bienvenida cortaron las orejas de los gracilianos, y la corrida resultó de extraordinario éxito artístico y económico. En la crítica que yo hice para una revista francesa, donde a Manolo se le quería profundamente, pude decir con toda justicia que Bienvenida había estoqueado uno de sus toros "a lo Machaquito". Y no es que le devolviese corregido y aumentado el "monterazo" del Choko. Fué, sencillamente, que ocurrió así: se volcó sobre el morrillo al irse detrás de la espada, que no me atañe, se refiere a mí con elogio caballeresco. Manolo Bienvenida se ganaba mi amistad por el camino de la simpatía.

Al año siguiente moría el tercer Manolo Bienvenida. Se me había truncado...

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE

Lo que tiene que arriesgar el organizador de una corrida de toros



Eduardo Pagés con Juanito Quintana en la Plaza de San Sebastián la mañana en que dieron comienzo las corridas de la Semana Grande donostiarra

Hemos ido a la Plaza de Toros de San Sebastián para ver el tipo de una corrida que hay en los corrales. Es el placer de contemplar de cerca, apretujados en pelotón, los seis toros que luego han de ir saliendo de uno en uno para que unos toreros jueguen el albur de la fortuna y de la gloria cerca de los cuernos buidos.

Nos asomamos al ruedo, vacío, impresionante en la soledad del gradierio sobre el cual cae a plomo el sol veraniego.

Solo, en el centro de la Plaza, encontramos al empresario, don Eduardo Pagés.

—¿Qué hace usted aquí?—le preguntamos.

Pagés nos señala los tendidos vacíos y dice:

—Todo eso tengo que llenarlo de gente... ¿Sabe usted lo que significa llenar de gente 14.000 asientos?...

—Eso es muy fácil. ¡Con hacer buenos carteles!...

—Desde luego que sin buenos carteles no hay nada que hacer. Pero aunque junte usted a Ortega y a Manolete, y a El Estudiante, y a El Andaluz, y a Pepe Luis Vázquez... Aunque volviera a vestirse Juan de torero y aunque resucitara Gallito, las visperas de una corrida son algo atormentador y terrible para un empresario.

—A ver. ¿Quiere usted que digamos a los lectores de EL RUEDO lo que son las tribulaciones de un empresario?

—Anoté usted. Para organizar una corrida de toros tiene que buscar primero, no sólo los mejores matadores, sino los que interesen más al público. Hay que fijar los sueldos y acordar las fechas. Unos quieren unas; otros eligen otras...

—Y los sueldos ahora...

—No. Eso—dice Pagés—es, para mí, la dificultad más pequeña. Yo nunca he regateado al torero.

—¿Y los toros?

—Los toros suelen ser lo más difícil. Hay que llevar a los carteles lo mejor de lo mejor. Y ¡como lo bueno escasea!... El empresario que quiera tener corridas en el verano, tiene que comprar los toros en el invierno.

—Una vez comprados los toros y contratados los toreros, ¿queda alguna dificultad?

—Entonces comienzan todas. El público empieza a comentar los carteles. Si se mete un torero, no le dan importancia. Si se deja de meter a otro, todo son censuras.

Pero, pasando éstas por alto, para el empresario comienzan otras preocupaciones. Si el tiempo es bueno, el éxito de taquilla lleva ganado mucho tanto por ciento. Pero hay que mirar a las nubes, seguir las predicciones meteorológicas y estar con el alma pendiente de una nube. Después hay que esperar las noticias de las plazas en que, con anterioridad, haya de actuar el matador que sea cabeza de cartel.

—Una vez pasado esto...

—Vienen otras muchas pequeñas cosas. Ahora, mire.

Nos enseña una báscula que acaba de comprar—siete mil pesetas—para pesar los toros.

—Ahora hay que ocuparse de que los toros estén bien en el corral; que coman, que beban, que no se peguen. Hay que acudir a las autoridades para tener paja y alfalfa. Está el reconocimiento del ganado por los veterinarios. Hay que probar los caballos de pica. Se tiene que hacer el apartado. Tenemos que contar con el personal de servicio en la Plaza—dos mil pesetas por corrida, novillada o charlotada cuesta el de San Sebastián—. Cuidarse de que hayan llegado las cajas de las puyas. Que haya pares de banderillas, incluso de las de fuego. Hay que contar con los sobreros y con los mansos. Avisar a los médicos. Reponer el botiquín de la enfermería. Que vaya la música. Que haya cohetes para anunciar el comienzo.

Después, durante la lidia, esperar que los toreros estén bien. Que los toros salgan bravos. Que a uno del público no se le antoje gritar: «¡Chicol!» o «¡Cojelo!», y que un tumulto de voces no digan: «¡Al corral, al corral!...»

Cuando todo esto ha finiquitado, es el momento de ocuparse de la taquilla. En lo que ésta diga se halla la compensación o la tortura definitiva de un empresario.

—A usted no le ha ido mal, amigo Pagés. Ha tenido mucha suerte.

—Llámele usted talento—dice modestamente don Eduardo—. Me ha ido bien en todas las plazas que he explotado. Y he recorrido todas o casi todas las de España, he estado varias veces en América y he dado infinidad de corridas en Portugal y en Francia. Presenté el torero cómico de Llapisera y he tenido las exclusivas de toreros tan seriamente geniales como Juan Belmonte y Domingo Ortega.

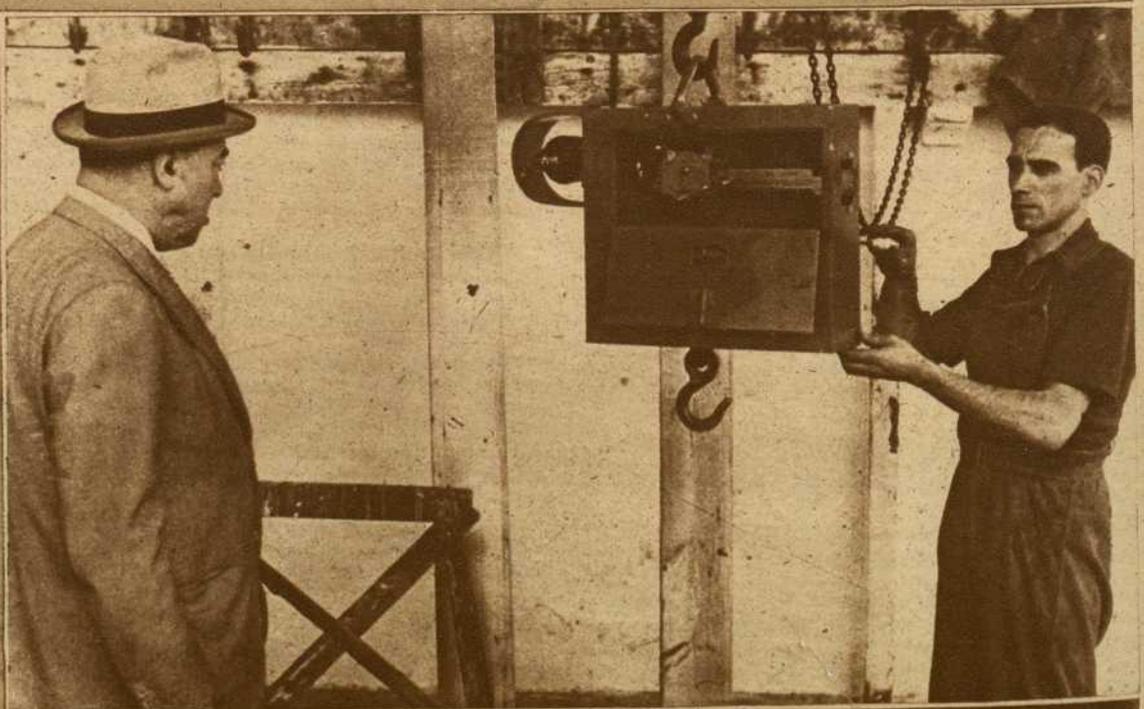
—¿Es verdad que es usted excesivamente supersticioso?

—La superstición es una superdotación. Mire usted. Esta sortija no me la pongo más que los días de corrida. Es un brillante tan gordo que su uso resulta un alarde que no me gusta. Pero si no me la pusiera el día de la corrida, ésta sería un desastre. Tengo un bastoncillo, un junco, que tomo cada día de corrida nada más levantarme. Así como los zahories descubren con su varita el yacimiento de las aguas, con ese bastoncillo mío alejo yo, siempre, el agua de la lluvia en las tardes de toros.

Pero de estas supersticiones de Pagés, habremos de ofrecer al lector, otro día, un más largo reportaje.—A. R. A.



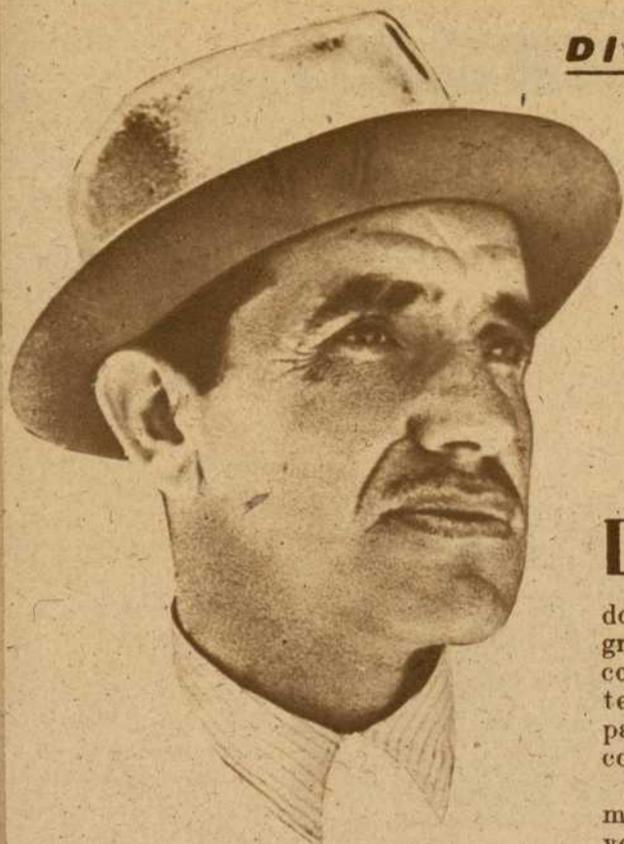
El popular empresario, con aspecto de satisfacción, sorprendido por nuestro fotógrafo en el bulevar de San Sebastián



Instalación de la nueva báscula para obtener el peso de las reses en la Plaza de Toros donostiarra, ante la mirada vigilante del organizador de las corridas. (Fotos Marín.)

Dice JUAN BELMONTE en San Sebastián...

Lo que importa en el toro es el nervio, la casta y la cabeza; o sea, «el arte de tirar cornadas»



Don Juan Belmonte es un hombre modesto. Cuando Jesús Marín, el gran reportero gráfico, le pide que se quite las gafas negras para hacerle una foto, contesta:

—No. Si las gafas me las pongo porque yo creo que no tengo

ya más personalidad que ellas...

¡Pero vaya si tiene personalidad don Juan Belmonte! Toda una época y todo un estilo. Con él queremos charlar para EL RUEDO, y lo hacemos en este rincón donostiarra del Bulevar, donde la afición taurina florece y se congrega en el verano.

El Gallo y Eduardo Vega, aficionado impar, se sientan a nuestra mesa. Belmonte, hablando del Gallo, nos dice:

—Estoy de loquero de Rafael.

Rafael no protesta. Pone una cara de ingenio que Belmonte dice está formada de tres dimensiones: de sencillo, de bobo y de pillo.

Preguntamos a Belmonte:

—¿Con qué toreros llegó usted a alternar de matador de toros?

—De los más antiguos, con Rafael y Morenito de Algeciras. Con Machaquito sólo toreé una corrida; la de mi alternativa. Iba a haber toreado la despedida de Bombita, pero estaba herido.

—¿Y el más moderno?

—Con el matador más moderno que alterné fué con Victoriano de la Serna. Después, en festivales, lo he hecho con muchos; el último, con Arruza.

—¿Cómo ve usted el toreo en la actualidad?

—Yo lo veo muy bien para el toreo. Se habla mucho de toros; hay una especie de conmoción taurina. Y no sólo se habla de toros, sino que se va a los toros.

—¿Se torea ahora mejor o peor que antes? Este «antes»—le aclaramos—se refiere a su época.

—Ahora se torea mucho más cerca del toro. La técnica se ha perfeccionado de tal modo que ya no cabe más. No queda sitio entre el toro y el torero.

Lo que tal vez ocurra ahora es que hay mucha uniformidad. El público siente esa uniformidad. El éxito de Arruza ha surgido de esto. De que los aficionados quieren ver cosas nuevas, aunque sean, como son, perfectas, las cosas a que están ahora acostumbrados.

En nuestra época no se podían hacer los preciosismos que hoy se realizan más que en contados toros.

—¿Porque eran más grandes?

—No. Yo no concedo importancia al tamaño ni a la edad de los toros, sino al nervio y a la casta, o, lo que es lo mismo, al arte de tirar cornadas. Y, desde luego, a la cabeza.

La diferencia mayor—esa sí que existe—entre el toro antiguo y el de hoy es la disminución del nervio y del temperamento, que son, en realidad, las cornadas.

Rafael el Gallo ha hecho una definición de lo que es el toro grande y el toro chico diciendo que es lo mismo que la existente entre un tren expreso y una carretilla de mano. Pero yo creo que el tamaño no es lo que importa, sino la cabeza, que se ha recortado hasta extremos inverosímiles. A mayor cabeza, mayor distancia tiene que guardar el torero. Por eso antes no era posible realizar los preciosismos de esta época.

—¿Sigue usted con la afición al toro?

—Ya lo ve. Tengo cincuenta y dos años y todavía ando por esas plazas alternando en festivales. No puedo sustraerme, y si le digo la verdad, tengo que confesar que cuando acepto participar en alguno voy con tanta ilusión como cuando era novillero. Lo malo es cuando llega la hora del paseo. Entonces tengo tanto miedo como el que más y estoy deseando que se acabe mi turno.

Nuestra conversación se ve interrumpida muchas veces por gentes que acuden a saludar a Belmonte. Este, afable, cariñoso, contesta a todos. Cuando se marchan muchos, se pasa la mano por la frente y pensativamente se pregunta en voz alta:

—¿Qui... qui... quién es éste?...



Juan Belmonte y Rafael el Gallo, vistos el jueves en el Bulevar de San Sebastián. (Fotos Marín.)



"A mi Carlos le han hecho más daño los automóviles que los toros..." dice en



Carlos Arruza

Santander la madre de ARRUZA

No es culpa de un toro esa honda cicatriz que Carlos Arruza exhibe en el cuello. Yendo a los toros, sí; pero no de un toro. La culpa es de la facha de un cobarde.

—No sé por qué hizo aquello con mi hijo aquel hombre — nos dice doña Cristina Camino, la madre del torero mejicano. Estamos ante ella en el peor momento para un reportaje: en esa hora de la tarde en que ya se han encendido unas velas a ambos lados de la imagen de la Madre de Dios, porque se aproxima el toque del clarín para que salgan las cuadrillas en Tarra-

gonna. Los labios de la madre de un torero, en esa inquietante coyuntura, solo se despegan gustosamente para rezar. Pero la atención a la actualidad bien vale un fracaso. ¡Alguna vez hemos de «exponer» los cronistas de toros! Esta noche, después de la corrida de Tarraçona, el torero saltará en automóvil, con su cuadrilla, a marchas forzadas, para poder torear mañana en Santander. Y luego, a Gijón, a Barcelona... ¡aj mundo! ¡Y el reportaje se ha de ir con ellos, muerto en flor, por nuestra timidez? La comprobación de un dato inédito de la biografía de este hombre, que llena y rebosa el interés taurino de España, bien vale el oír: «No puedo recibirte; que comprenda y disculpe», equivalente a un fracaso.

Doña Cristina Camino, santanderina, hija de un ilustre notario santanderino, viuda de un industrial santanderino también, ha tenido una gran deferencia para un periodista que trabaja en Santander.

—Después de sortear esta tarde el peligro de los toros —nos dice con pesadumbre—, a lanzarse al otro peligro del automóvil.

—Desde luego, más remoto.

—A mi Carlos le han hecho más daño los automóviles que los toros.

Y viene el relato que nosotros hemos perseguido.

Arruza tiene coche y conduce bien. El mismo se llama, humorísticamente, «viejo lobo del volante». Y un día va en Méjico, en su automóvil, a ver una novillada en la plaza de El Toreo. Le acompaña en la cabina de conducción su gran amigo el famoso boxeador mejicano El Vaquero de Caborca. Trescientos metros antes de llegar a la Plaza choca el auto del torero con un autobús del servicio público. Poca cosa. Es más importante el susto que la colisión. Inculpaciones mutuas, un poco de violencia de expresión en ambos conductores y, al fin, el ofrecimiento de Arruza de reparar por su cuenta las ligeras averías del autobús.

—Ahí va una tarjeta mía. Pase por el garaje de mi hermano José Luis y allí le harán gratuitamente a su coche las reparaciones que necesite.

Y vuelve, tranquilo, a su cabina de conducción, convencido de que ha quedado resuelto el incidente. Pero no tiene tiempo de reanudar la marcha. Cuando impulsa el acelerador, el otro conductor le apuñala a traición en el cuello, en un costado y en una pierna. Es un momento de gran confusión. Mientras el torero se desangra en el coche, el agresor se agita en el suelo sin dientes y con un tímpano roto por la acción del puño de hierro de El Vaquero de Caborca. Se habla de llevar a Arruza a una clínica, de trasladarlo a su domicilio, no distante... Pero en la plaza está el doctor Ibarra—el Jiménez Cuineca de Méjico, y Arruza sabe ya, por heridas propias, de la pericia de sus manos.

—¡Llévame a la Plaza! ¡Quiero que me cure Ibarra! Y acaso por primera vez en la historia, un torero de paisano, que llega de la calle, es curado en la enfermería de una Plaza de Toros.

—A eso es debida la herida que mi hijo lleva en el cuello.

En otra ocasión Arruza, que ha toreado en Monterrey, resuelve pernoctar con su cuadrilla en la ciudad. Mañana será otro día y el sol les alumbrará en el retorno. Pero desde el hotel habla por teléfono con Méjico y hay una honesta mujercita, cubana y bella, en el otro extremo del hilo. Un banderillero le oyó asegurar:

—Dentro de una hora estaré ahí.

Y, contrariando a picadores y banderilleros, manda disponer las cosas para ponerse inmediatamente en camino. Veinte minutos después—Arruza al volante—salen de Monterrey. Ni la luna ni los faros tienen luz bastante para señalar la presencia de unas vacas en un recodo de la carretera. El coche da tres vueltas de campana y queda, con las ruedas en alto, al borde de un precipicio. Arruza tiene una clavícula rota; los demás toreros se levantan, milagrosamente, con absoluta libertad de movimientos para auxiliarle...

—Los automóviles, como usted ve, son funestos para mi hijo.

ANTONIO MORILLAS

EL QUINTO TERCIO

LA SUERTE DEL DESCABELLO

Por JOSE CARLOS DE LUNA

¿Qué quiere usted que diga? ¿El menester del descabello?

Perdóneme que, aun estando de acuerdo con su apreciación, insista en llamar suerte *eso* de abreviar la agonía de un toro quitándole las veces al puntillero porque el toro no dobla. Ya ve; hasta se inventó un aparato!

A los públicos no los conoce nadie, dicen algunos profesionales; y afirmamos que por conocerseles demasiado se abusa de su especialísima idiosincrasia. El del espectáculo *más nacional* es sensible, impresionable y amigo de oropes. Vuelca su simpatía sin reservas y la retira hoscó y bramando como las resacas de la Costa Brava, sin que puedan explicarse seriamente actitudes tan contradictorias. Hubo torero que para escuchar aplausos necesitaba jugarse la vida todas las tardes a *tocateja*, por derecho y sin disquisiciones artísticas—y a la

postre se la llevó un toro en los cuernos—, y torerito que ganó la plata y la popularidad haciendo el coco o pintando hombrias con grageillas y canela siempre que el azar le ponía al alcance de su arte una fuente de natillas o arroz al horno. Ni queremos personalizar, ni necesitan que les refresquen la memoria los aficionados con entendimiento; ¡que a nada conduciría!

La musa popular, metiendo unos tercios de *mirabrá* en el cante chico o *por caracoles*, filosofa a su modo y dice en una letra:

*¡Eres bonita!
El conocimiento
la pasión no quita.*

Y si esto afirma el pueblo suspirando albahaca, ¿cómo apearlo de su jaco si además lo turba la pasión y caldeo?

Ya quedó en pie, al abogo de una pluma docta y salerosa, aquello de los *cuatro tercios*; y quisiéramos amparar en la generosidad del cuento un *tercio* más, y que fueran cinco: el de descabello, aunque sea eventual su práctica, constituiría el quinto *tercio* de la lidia.

Un ma ador de toros que se retiró de la profesión con treinta y tres cornadas, dos millones de pesetas y el respeto y estimación de todos—hablamos de Ricardo Torres Bombita—, decía que el mismo público que

pitaba al matador que erraba el golpe entrando por derecho y jugándose la cara cinco o seis veces, aplaudía a renglón seguido y se desgañitaba pidiendo la oreja para el que señalando un sartenazo de mala ley acertaba en el descabello al primer intento.

Y convencido Ricardo de esta verdad absoluta, y sabiéndose estoqueador mediocre, se entrenaba en el descabello con admirable constancia. Rara era la mañana del invierno que en Madrid o en Sevilla, donde tenía sus residencias, no madrugara como el más humilde menestral, para, en el Matadero público, despachar, apuntillando a estoque las reses destinadas al abasto.

Diréis, con razón, que el descabello no es arte, porque a su simplismo no cuadra tal categoría; pero haced memoria de que faenas logradas, deslucidas luego con el estoque, las clasificaron palmas o pitos, según el acierto o la mala fortuna con el estoquillo de cruceta en la mano, por aliviar a los alguacillos del menester de musarañas digitadas tan desagradables y abrumadoras.

Nos permitimos un consejo a los apoderados y padrinos de diestros en cochura: que machaquen, por interés de ellos mismos, en esto del quinto *tercio*.

—Niño: aprende a descabellar con los ojos cerrados—¡aquí sí que cuadra el truco de la distracción brindada a las nubes!—y búscate un adornito original y competente. Lo primero te librarás de muchas pitas, y lo segundo te dará categoría. ¡Aprende a descabellar sin titubeos, por la salud tuya... y mía! Que si, además, Dios te da salero para inventar alguna cosilla, ¡te vas a reír del mundo!... ¡y yo también! Piensa, hijo, que el dinero no está ya en el morrillo aliende dos pitones como alabardas, sino en ese remolinito del testuz al que se llega sin llegar, con calma y práctica. La escuela está en el Matadero Municipal—¡mira qué cosa!

Comprendemos que este entrenamiento requiere mucha más voluntad y renunciaciones que los *deportivos* en las dehesas; *jugando al toro* en la placita, cazando perdices a ojeo o liebres a caballo, no cogiendo una garrocha de acoso sino para taatearle el peso, y hablando día y noche de ilusionados proyectos.





GENIO Y FIGURA

DEL "REY DEL VOLAPIE" A DON EUGENIO VENTOLDRÁ

En la página de esta semana entra en turno este paladin y gran mantenedor de la suerte llamada suprema, hoy en trance de pasar a la posteridad con el beneplácito de los públicos, a puro de ser condescendientes ante la impericia de los mal llamados espadas.

Pasaron para no volver los tiempos en que Ventoldrá tenía que competir con

estoqueadores no menos famosos, como Fortuna, Agüero, Zurito, Algabeño, Varellito, Antonio Sánchez..., felices continuadores de los Bomba, Machaco, Mazzantini, Pastor y Regaterín.

Ventoldrá — hijo de acomodada familia — no hacía presumir el repentino cambio que a partir de su primera visita a Madrid había de producirse en su vida.

El viaje lo motivó los deseos de sus padres de que preparase el ingreso en la Escuela de Ingenieros Industriales. En la pensión donde se hospedó trabó amistad con el competente aficionado don César Alvarez, el cual le animó a que probara sus aptitudes, no contento con infiltrarle el verbo taurino. El ensayo tuvo lugar ante un becerro, en la placita que explotaba Paco Frascuelo; y aunque el neófito sacó del lance una regular paliza, antes aumentó que amenguó la repentina afición.

Después de vencer insuperables obstáculos, uno de ellos la rotunda oposición familiar traducida en el cese de envíos metálicos, consiguió el novel torero catalán debutar en 1917 en las Monumentales de Madrid y Barcelona, obteniendo sendos ruidosos triunfos por su valentía durante toda la lidia y por su inimitable estilo a la hora suprema.

Peño hora es ya de cortar este exordio para que sea el mismo Eugenio Ventoldrá quien facilite sus impresiones.

— ¿Cuál fué la primera cantidad que percibió del toreo?

— Cincuenta pesetas que me pagaron en Yepes (Toledo), y para esto tuve que pagarme el viaje desde Sevilla, desembolsar los honorarios de mi llamante cuadrilla, amén del alquiler del traje de unas muy mortecinas luces. ¡Ah! Y menos mal que esta actuación sirvió para abrirme las puertas de aquella importante Plaza, la de Yepes, se entiende, y ya al año siguiente, como figura insustituible, volví a actuar, esta vez con el aumento de veinticinco duros.

— De los trofeos por usted cosechados, ¿cuáles le produjeron mayor alegría?

— Las cuatro orejas que corté en Barcelona la tarde de mi debut como novillero. El cartel lo constituíamos Pastoret, Chiquito de Baracaldo y yo, con toros de Albarrán. Desde aquella fecha mi nombre apareció en cuantas novilladas se celebraron en Barcelona durante la temporada de 1917.

— ¿Ante qué públicos le agradaba más actuar?

— El público que mejor apreciaba el mérito y la voluntad de los diestros era el de Madrid. Aquellos aficionados eran muy parcos en la concesión de orejas, y sólo en casos de verdadera excepción se llegaban a conceder.

— ¿Quiere, Ventoldrá, decir los motivos que le movieron a alejarse de los ruedos?

— El principal, el veto de las Empresas a mi apoderado Manuel Rodríguez por haber llegado a constituir una asociación de resistencia en contra de los contratos leoninos de los empresarios. Estos acabaron por vencer, y ya desde entonces, si conseguía de vez en cuando vestir la ropa de torear para despachar alguna destartada corrida, que por su peligrosidad nadie quería. Mi última actuación fué en Barcelona, el año 32, alternando con Marcial y Niño de la Palma en la lidia de ganado de Sotomayor. Desde 1930 no había cogido un capote, y me hallaba desentrenado por completo. Era tarde para volver a empezar, y decidí marcharme a mi casa.

— ¿Cree usted en la decadencia de la fiesta?

— Comparada con otros tiempos, creo en la existencia de tal decadencia. No niego que ahora vaya tanta o más gente que antes a las Plazas; pero la calidad de los aficionados y la afición entre los toreros es mucho menor que antes. Una usted la falta de lidiadores. Hoy, salvo dos o tres grandes figuras, los demás son toreros que yo llamo «de espejo», porque se entrenan obsesionados en componer el tipo, sin tener en cuenta los recursos para doblarse con los toros peligrosos hasta hacerse con ellos.

— ¿Y quién cree que es el verdadero culpable de esta anomalía?

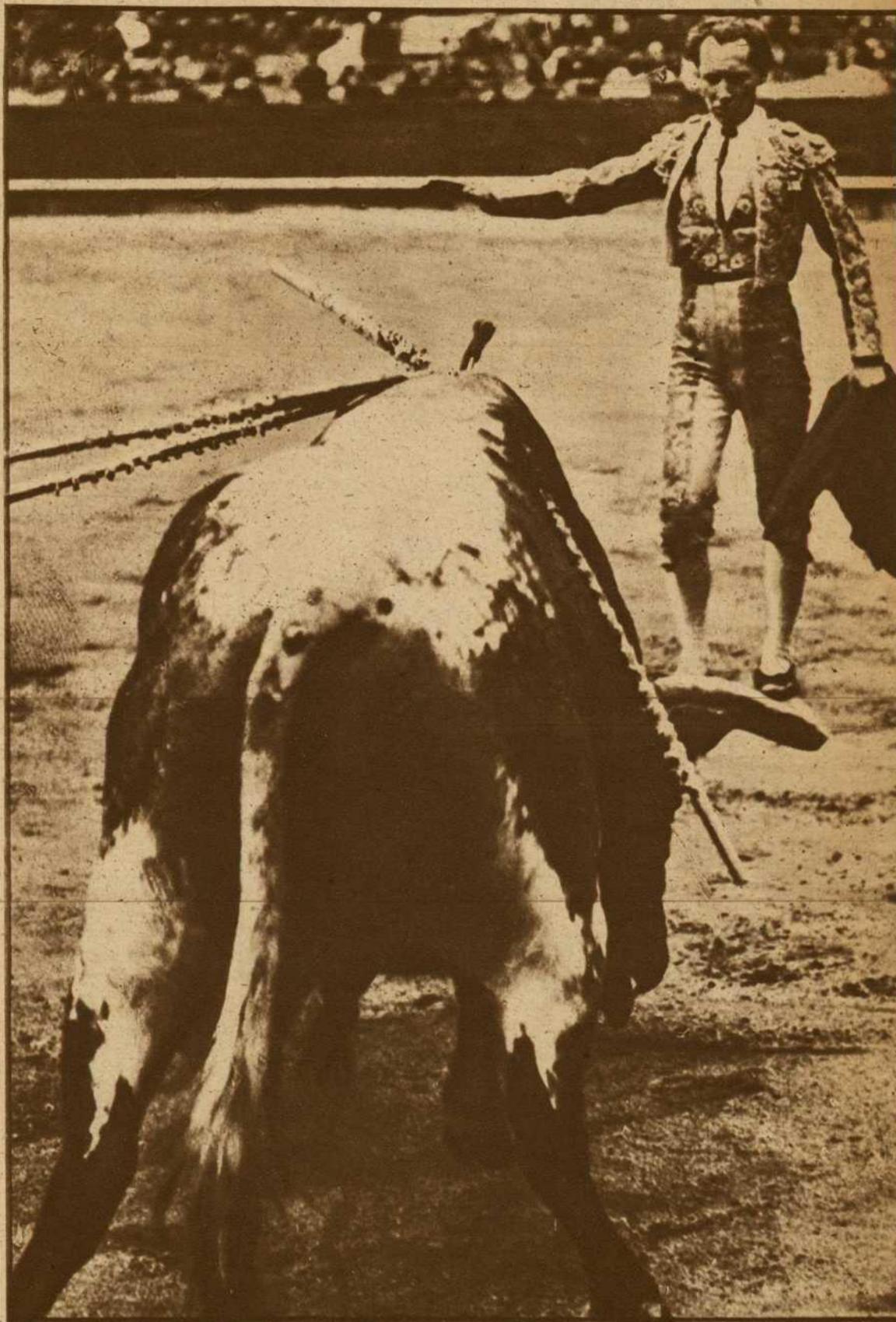
— Su majestad el público, porque como el torero no saque de buenas a primeras las manoleínas y los pases de relumbrón, aquél se considera defraudado. Incluso el de Madrid, antes severo y reposado en sus fallos y hoy facilitón en demasía. Ahora es moneda corriente se nos presente el clásico debutante con sólo tres o cuatro novilladas con caballos, y con cuatro monerías se va a la fonda con el consabido corte de orejas.

— Hablemos, amigo Eugenio, del elemento toro.

— Tengo verdadera impaciencia de saber, cuando acabe la guerra y haya abundancia de pastos, qué serie de martingalas y triquiñuelas nos traen los señores ganaderos. Y si ocurre, para bien de la fiesta, que esos caballeros se deciden a presentarnos ganado engordado con piensos, con las 28 arrobas y los cinco años, ¿qué podría suceder? Pues que el 80 por 100 de los toreros actuales tendrían que dedicarse a otros menesteres. Y no se olvide que antes lo general eran los toros con no menos de las 28 ó 30 arrobas.

— ¡Hombre! ¡Ya era hora que tropezara con un ex torero valiente y decidido! Y ya que estamos en vena de sinceridades, ¿no le parece que la más grave epidemia en el toreo contemporáneo es la falta de decisión para matar los toros decorosamente?

— Exacto. La suerte de matar como debe hacerse se ha perdido, también por culpa del público, pues si éste no lo exige, tontos serían los toreros en correr el evidente peligro que encierra. Lo demuestra el contraste de que ahora pasan los toros más cerca que nunca y se les toca los pitones, se les acaricia el testuz y se realiza toda la gama de proezas imaginables. Pero a la hora de arrancar a matar, se acostumbra a alargar el brazo, a volver la cara y a salir «de najas». Es posible que también influya la escasa emoción que puede sentirse ver cómo un torero se vuelca sobre un toro de 18 arrobas; lo que venía



El que fué gran matador de toros, viendo doblar a la res, después de una formidable estocada

a pesar una becerro de las que antes se lidiaban en las becerradas de los gremios.

— Bueno, Ventoldrá, no olvide usted que también los toros chicos pueden llevarse a un hombre al sepulcro.

— Evidente. Pero es no menos cierto que el número de cornadas que causa el toro chico es infinitamente menor que las que producirían los toros de respeto. Antes, con sólo ponerse ante el astado, ya se sentía un complejo de inferioridad, aunque luego el torero se creciera y dominara a su enemigo. Ahora, el torero tiene que mimar y cuidar al pobrecito animal, procurando que se cambien el primero y segundo tercio con un puyazo y un solo par de banderillas.

En la época anterior a la presente, no dudo que se toreaba peor; el lance no salía tan largo como los que se ejecutan ahora, ni se templaba tanto. Ahora bien, ¿quiere usted decirme qué se ha hecho de la corpulencia, del volumen, de las defensas, en una palabra, del respeto de los toros?

— Pues les habrá pasado lo que al famoso sombrero de Gaspar: que el viento se los ha llevado a todos.

F. MENDO

Cuando CARANCHA era alcalde de Aznalcázar

"EL TATO fué el mejor matador de toros de todos los tiempos"
"EL GUERRA inició la decadencia del toreo"

Por MIGUEL DE CASTRO



José Sánchez del Campo, Carancha

CONOCÍ al célebre diestro José Sánchez del Campo, Carancha, en un balneario de la provincia de Málaga, en Tolox, allá por el año 1917. Era a la sazón alcalde del pueblo de Aznalcázar, donde, al parecer, llevó a cabo una plausible labor administrativa.

Don José, como se le llamaba familiarmente entre los agüistas, era un hombre afable, campechano, jovial, instruído. Su indumentaria, la de un acaudalado labrador andaluz. A pesar de hallarse ya muy cerca de los setenta años, se conservaba bien; estaba sano, fuerte, ágil. Tenía el pelo blanco, como la plata, y su rostro, pulcramente rasurado y fresco, recordaba el de un cardenal del Renacimiento italiano. Su porte y maneras acusaban cierta distinción, así como su modo de expresarse.

En la terraza del hotel, a la sombra de las acacias y alrededor de los jazmineros, nos acomodábamos al caer la tarde. Don José chupaba una excelente «brevia» y, enarcando las cejas, como haciendo memoria antes de comenzar la charla, nos dijo, contestando a nuestras preguntas:

—¿Dónde nació usted?

—En Algeciras. Mi padre era militar y yo saqué sus mismas inclinaciones. Una tía mía, muy católica, deseaba que yo fuese cura.

—Prefería usted la milicia...

—Sí, señor. Pero quería ser militar de esos

der sable largo. Entonces era la guerra de Africa y pasaban por Algeciras muchas tropas. Me gustaban los «sordaos», ¿oyé usted? Por fin me marché a Sevilla dispuesto a sentar plaza.

—¿Y lo hizo usted?

—No, señor. Allí me arrepentí y entonces aprendí el oficio de dorador, aventajando mucho en poco tiempo. Unos compañeros de oficio, que eran muy aficionados al toreo, me metieron en ganas... y me entró «la fiebre...» En Tablada, dando dineros a los vaqueros (cuando los teníamos, que no era siempre), conseguí un día dar unos lances a un buey. Mis amigos, que se las daban de maestros, pero que no se acercaron al cornúpeto en cuanto vieron que embestia, me aplaudieron a rabiar: «¡Mú bien, Pepe! ¡Ere un tío...!» A poco, ya toréé en capeas y novilladas. Yo tenía mucha ficción... Quería yegá, má que po er dinero, po los aplauzo..., po la fama. Er dinero ocupaba un zegundo lugá. Recuerdo que un día vi ar Tato, allá en Zeviya, con aquer tipazo que tenía, un traje entreclaro, camisa encarná, zombbrero ancho y zapatos blancos y me queé con la boca abierta, diciendo pa mí: ¡Madre mía e mi arma! ¡Zi me vieze azí yo...! Porque er Tato ha zío, el hombre que mejó ha vestío en España er traje flamenco.

—¿Y cuándo se lanzó usted...?

—Después de muchas capeas y novilladas ingresé, por fin, de banderillero en la cuadrilla del Gordo. Y con él trabajé mucho, con entusiasmo, deseoso de aplausos y de gloria. Entonces se toreaba por eso. Hoy... ze zuele toréa po ganá dinero, ¿oyusté...? Empecé ganando una onza. Luego, veinte y veinticinco duros, llegando a treinta cuando pasé de banderillero con Bocanegra.

—¿Su concepto del toreo?

José Sánchez del Campo chupó su «brevia» y exclamó:

—Lo que hay que zabé toréa es ar ganao bravo, ¿oyusté? No estoy conforme con er zistema modernista de toréa bichos manzos... En mi tiempo, la fiesta de toros era un espectáculo feroz y sólo para hombres.

—¿Qué me dije de la suerte de varas?

—En mis tiempos había toros que tomaban catorce, ¡veinte varas... y más!, y todavía ze tocaba a banderillas zin que er bicho volvieze la cara. Mataban veinte caballos y ze queaban tan frescos.

—¿Qué cobraban los maestros?

—Los buenos mataores, en provincias, 12, 14 ó 16.000 reales. En Madrid, menos dinero. Y les venían a quedá libres de 1.000 a 1.500 pezetetas. Y ze mataban toros de cuarenta arrobas y de cinco años para arriba, y se les mataba recibiendo, ¿oyusté...? Y no había ni orejas, ni rabos, ni salidas en hombros, ni «se paraba er sol» por una buena faena.

—¿Qué opina usted de Luis Mazzantini?

—¡Mazzantini!—repitió evocador—. ¡Buena perzona (zin despreciá a nadie) y un mataó de toros excelentísimo! Allí había való por arrobas, gran figura y soberbio estilo. Y de aquí... (don José levantó la diestra hasta colocarla sobre el hombro izquierdo, como perfilándose para la suerte suprema), de aquí... ¡no digamos...! Hacía rodá a los toros jechos una pelota.

—Ahora quisiera, don José, conocer su criterio sobre Rafael Guerra.

—Er Guerra—replicó—era otra coza. Como torero de escuela, ¿oyusté?, hacía lo que hiciese er primero, con dominio absoluto de su arte y zabiendo yegá mu lejos. Ezo no ze pué negá. Pero de aquí... (don José me guiña y simula de nuevo la suerte de matar), ya cambiaba el azunto. Rafael Guerra ha zío siempre un hombre de muchísimo arcance y zavía que con Mazzantipi... no podía zé. ¿Usté me entiende...? Y principió a no queré alterná con él, y a exigí toros de ciertas ganaderías, que ze los proporcionaban a zu gusto. Y ya que hablamos de eze azunto, ahí tiene usted (y lo tienen muchos) explicao er motivo de que se empezaran a lidiá toros pequeños, de ezos que ze dejan tocá los pitones, después que ze quean atolondraos de tantizimo capotazo y de tanta gente como tienen a zu alreor.

—¿Y no será que usted, con Guerrita, no se llevara bien?

—Nada de ezo, amigo. Guerrita, que perzonalmente merece todos mis respetos, fué er que inició la decadencia der toreo. Esto que me está usted oyendo, lo zabe todo buen aficionao. Lo que paza es que unos lo dicen en público y otros ze lo cayan, ¿oyusté...? Y conste que con esta manera de criticá yo no perzigo ningún fin, zino poné cuanto esté de mi parte por que la fiesta nacional se dignifique y vuerva a zé lo que fué, ya que de eze modo todos zardríamos gananciosos... Sentiría que ze atribuyese a mala fe mi modesta opinión. Ya ve usted que cuando ze trata de hazé justicia zoy er primero en reconocé er mérito de cada cual, ¿estamo...?

—¿Qué torero de su tiempo le ha gustado más, don José?

—A mí, er torero que más me ha gustao de todos (con er capote, se entiende), ha zío Manuel Domínguez. ¡Había que mirá ar zeñó Manuel abrirze de capa y lanceá a un toro! Ya no ze ve de aquello. Recuerdo que un buen aficionao, de ezos que ponen el paño al púlpito, le vió en cierta ocasión lanceá, como sólo aquel gran torero zavía hacerlo, y tal fué zu entusiasmo, que exclamó, en voz alta, que ze oyó en toa la plaza:

«¡Anda, que no tiés esperdicio!»

—Justamente de aquel entusiástico elogio le vino er mote.

—¿Cuál ha sido, para usted, don José, el primer espada?

—Con el estoque, er Tato. A mi juicio, no ha existido otro, ni antes ni después, que se le pueda compará. Por zupuesto, ya recordará usted la célebre sentencia popular: «¡Anda y que lo mate er Tato!», con lo que ze da a entendé que de zus manos no escapaba ningún bicho que lo pudieze contá. ¡El primero, el primerísimo! Como el Tato, ni lo hubo ni lo habrá, ¿oye usté?

El domingo, en San Sebastián

**LA ULTIMA CORRIDA DE ABONO DONOSTIARRA
Cinco de Saltillo y uno de Guadalest para
CHICUELO, PEPE LUIS VAZQUEZ Y ARRUZA**

Alvaro Domecq rejoneó con gran éxito



El mejicano Arruza en un muletazo por alto con la derecha

SAN SEBASTIAN 27 (De nuestro correspondiente).—Esta tarde se ha celebrado la quinta y última corrida de abono. La presencia de Pepe Luis Vázquez en el cartel y, sobre todo, la presentación del mejicano Arruza, había despertado tal interés que se puso en la taquilla el cartel de "No hay billetes".

Se lidiaron toros de Saltillo, sustituyéndose uno, que se partió una pata en el apartado, por otro de Guadalest. Este, el más grande de todos, lidiado en último lugar. Tenía ocho años de edad y era del más feo estilo.

Primero actuó el rejoneador Domecq, que tuvo una tarde triunfal. Difícilmente hallar un toro más bravo, noble y pastueño que el lidiado hoy. Se luchó con los rejones, alegrando al toro, dejándole llegar y toreándole magistralmente.

Chicuelo hizo un bonito quite en el primero, estando medroso con la muleta. Tres pinchazos, e intentó siete veces el descabello, oyendo un avro.

En su segundo pareció que quería lucirse, pues empezó bien, con uno por alto, dos naturales y un moñete; pero se arrepintió en seguida y tiró a salir, matando de dos pinchazos malos y una estocada yéndose.

Pepe Luis Vázquez no hizo nada con los capes en sus dos toros. En quinto hizo uno muy bonito en el primero de la tarde, otro precioso en el segundo, otro igual en el cuarto y uno magistral y muy ovacionado en el quinto.

En su primer toro, el sevillano hizo una maravillosa faena entre ovaciones y música. Empezó con cinco naturales que ligó con el de pecho, y después de otra tanda de tres, siguió por alto, ayudados, moñetes, etc. Entrando bien dejó una estocada de arteria y descabella a la segunda. (Ovación: orja, vacía al ruedo y salida a los médicos.)

El quinto, como hemos dicho, era toro del derecho. Se limitó a una faena de alfilo y entró tres veces a matar, oyendo manifestaciones de desagrado.

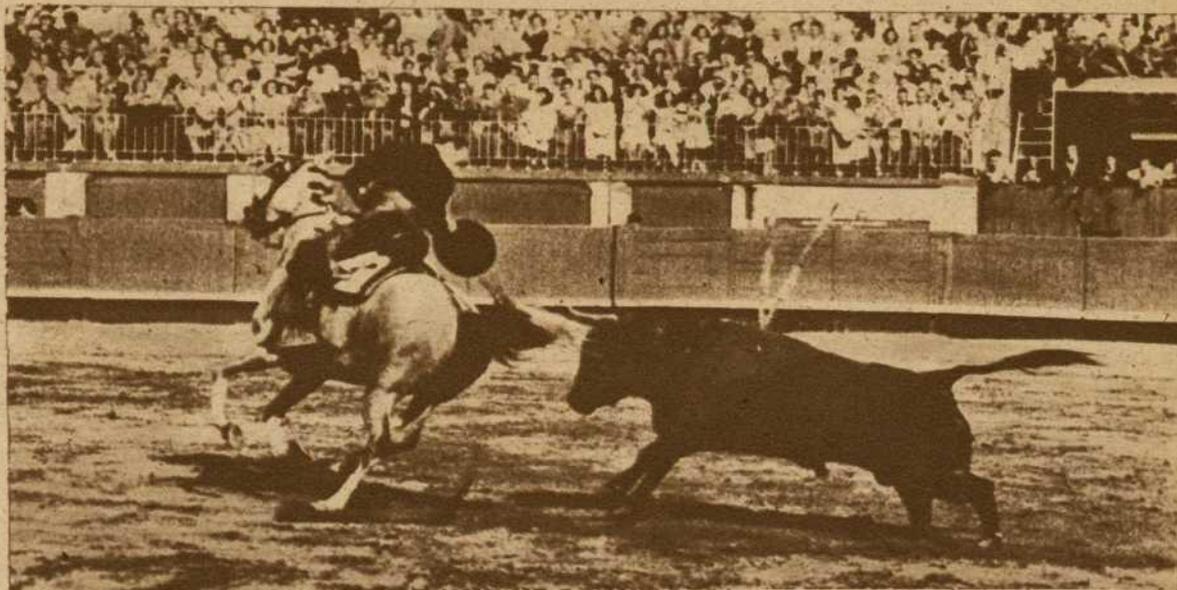
Arruza, a quien se esperaba con indescriptible expectación, en el primero de la tarde hizo un quite majestuoso, estableciendo la primera ovación de la tarde. Ovación que se repitió cuando el toro siguiente hizo un quite de novedad sin igual.

Con las banderillas estuvo bien, pero sin nada excepcional. En verdad que no había toro para lucirse y que cortó los pases por exigencia del público. Clavó en su primer toro dos pares al sesgo y uno de frente, que se aplaudieron mucho.

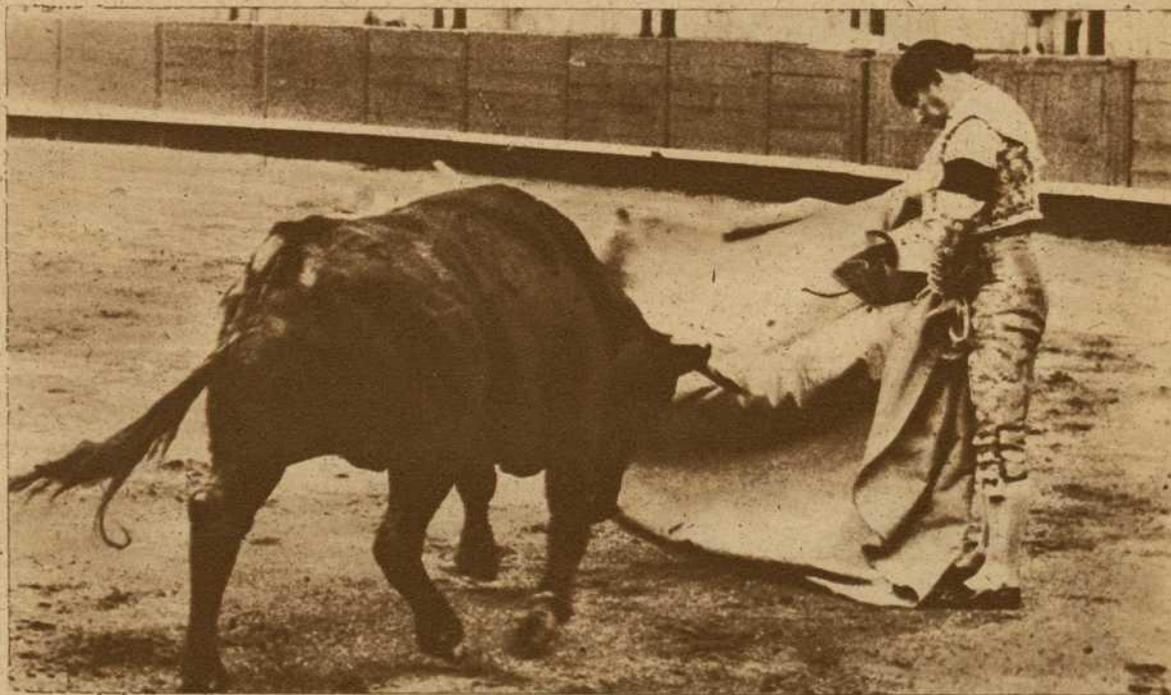
Con la muleta estuvo valiente hasta más no poder en su primero, que tiraba bastante cornudas. Mató de una estocada caída, y hubo división de opiniones.

En el sobrero, de Guadalest, el anciano boyancón, que el público había protestado al salir, no hizo más que procurar alifur muy rápidamente. Un pase por alto, varios más por la cara y una estocada, corta con mucha habilidad. El público salió defraudado del mejicano.

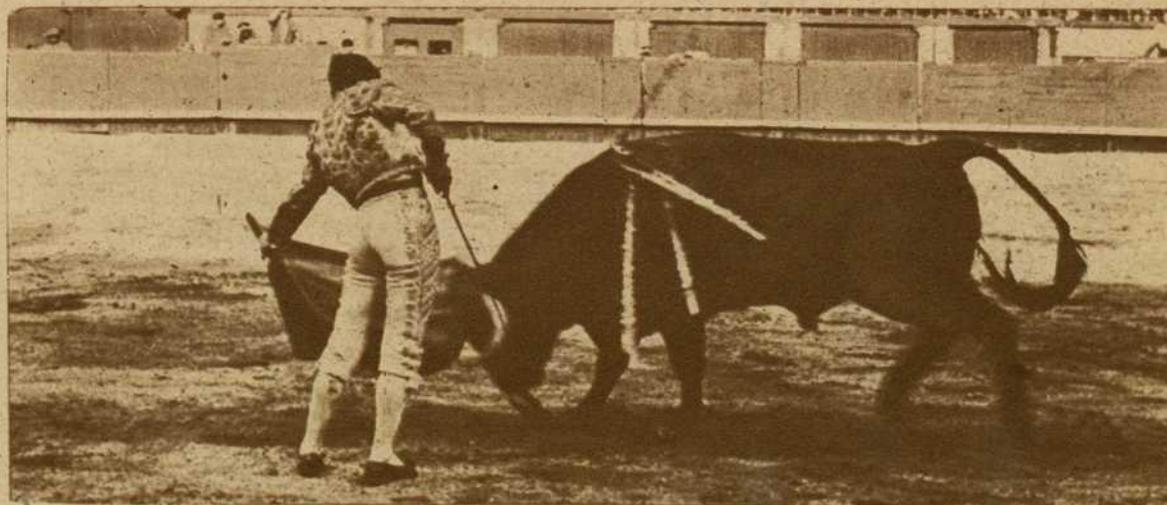
Peso de los toros: 415, 421, 398, 397, 407 y 457 kilos, respectivamente.



Alvaro Domecq a la salida de un par de banderillas, juguetea con el toro, en el que tuvo un gran éxito



Arriba: Chicuelo toreando de capa a su primer toro.—Abajo: Pepe Luis Vázquez en un natural con la izquierda al toro del que cortó la oreja



El jueves en Barcelona

SEIS novillos de Hoyo de la Gitana para PEPE MARTIN VAZQUEZ, MANOLO CORTES y el mejicano FELIPE GONZALEZ



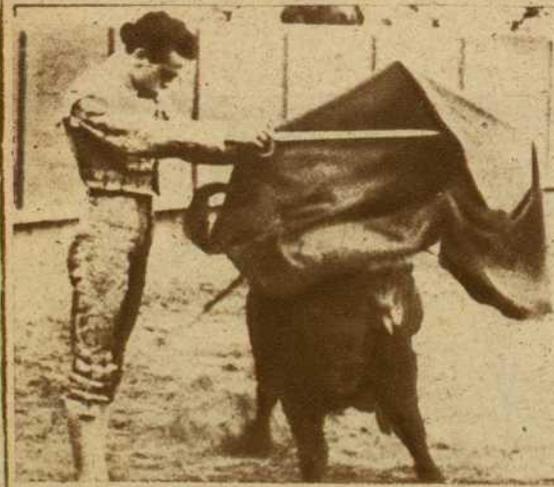
Pepín Martín Vázquez, Manolo Cortés y Felipe González antes del paseo



Pepe Martín Vázquez en un natural al primer toro



González toreando de capa a su primer toro



Manolo Cortés en un ayudado por alto a su primero. (Foto Vallés.)

LOS VIEJOS DEL RUEDO



Antonio Nieto García lleva treinta y dos años de cervecero en la Plaza

En el ruedo de Vista Alegre vió morir a su amigo el novillero Alfarerito

USTED, seguramente, no conoce esto—me dice Antonio Nieto García, haciéndome pasar a la dependencia de la Plaza, donde los aguadores y cerveceros aguardan la hora de la corrida—; aquí podrá usted descansar sin temor a que le molesten los rayos del sol.

Estamos, en efecto, en una estancia oscura, sin ventanas ni salidas al exterior, donde una cincuentena de individuos uniformados con gorrillas y chaquetillas blancas proceden al aprovisionamiento de las mercancías que más tarde ofrecerán al público en el ruedo: agua, limón, gaseosa, aguardiente y cerveza. Los vendedores lo llenan todo con el ruido de sus conversaciones y risotadas, y advertimos que, a pesar de todo, también en aquel tenebroso y apartado lugar se deja sentir el intenso calor de la tarde agostea.

El cervecero hace lo posible por que nos acomodemos allí para charlar, aunque la barahunda se acentúa en un crescendo alarmante, porque ahora no son sólo los aguadores los que rebullen incansables y meten ruido, sino que llega también el revuelo armado por los picadores en el patio de caballos, las voces de los monosabios, los comentarios de ese público «especial» que no se sabe cómo ni por dónde ni a título de qué se mete en todas partes.

—En las tardes de corrida—dice Antonio Nieto tratando de justificarse—ya se sabe, siempre ha ocurrido esto. Yo, figúrese usted, llevo viviendo en este ambiente nada más que la friolera de treinta y dos años.

—¿Por contrata tiene usted este servicio?

—El dueño del ambigú, sí, pero yo estoy a las órdenes inmediatas del jefe del ambigú, como todo este personal que ve usted aquí lo está a las mías.

—¿Pertenece usted al oficio cuando se hizo cargo de esto?

—No, señor. La única razón de que yo solicitara este cargo está en mi afición por los toros. Teniendo algo que hacer en la Plaza—me dije—, es indudable que estaré cerca de los toros y que no perderé corrida. Y vea usted, no he perdido ni una desde que soy cervecero o aguador, como usted prefiera llamarlo.

—Sus actividades, ¿se limitan sólo a la Plaza de Madrid?

—Y también a las de Vista Alegre y Tetuán, e incluso a la de Aranjuez.

—¿Le resulta pesado el cargo?

—A veces, sí. «Lidiar» con hombres, estoy por asegurar que es mucho más difícil que lidiar a los toros. En ocasiones también este oficio nuestro resulta peligroso.

—¿Qué ocasiones son esas?

—Los días de escándalo en la Plaza, por ejemplo. Arma el público una bronca por lo que sea—casi siempre suele ser metiéndose con los toreros o con los toros—y ya sabe usted con qué facilidad se suelen hacer proyectiles de las botellas, de los vasos y de las almohadillas. ¡Si uno no estuviera listo siempre!

—¿Recuerda usted algo en este sentido digno de ser mencionado?

—Sobre esto conservo más de un recuerdo desagradable, pero uno que me viene ahora a la imaginación es el de la tarde de El Gallo y Chicuelo.

—¿Alguna tarde desgraciada para ellos?

—Para ellos y para todos, porque tan en peligro estuvimos los de los tendidos como los que actuaban en el ruedo. El Gallo, ya recordará usted, ¡era tan genial para todo! Pues esa fue una de sus tardes de genialidades al revés. Chicuelo se contagié de aquello. Se armó el lío padre. El público... ¡bueno!, para qué decirle a usted... Total: que El Gallo y Chicuelo tuvieron que escapar de la Plaza por el patio de caballos, y que sobre el ruedo las botellas y los vasos lucían al sol como una alfombra de cristal. Estos son, después de todo, los gajes del oficio.

—¿Pero también podrá usted referirme algún reverso de esa tarde?

—También podría referirle muchos, el mejor, algo así como para que uno no tenga derecho a perder la afición nunca, una corrida en que vi torear juntos a Juan Belmonte, Vicente Pastor, Rodolfo Gaona y Regateira. No le miento a usted si le digo que aquello fue inenarrable. Empezó Juan Belmonte a hacer de las «suayas» y sus compañeros de lidia, estimulados, sacaron del cofre de los portentos el toro y la valentía de los días de lujo, y ahí va eso... El público, enardecido, loco, llenaba de olés rotundos y entusiastas el ámbito del viejo y desaparecido ruedo madrileño. Y los viejos aficionados lloraban sin poder contener la emoción que el indescriptible espectáculo les producía. Palabra que ha sido lo más grande que he presenciado en mi vida.

—¿Cuál ha sido el torero más... torero para usted?

—¡Juan Belmonte! Quiero decirle a usted con admiración y que usted lo ponga con ella, porque si no me parece que no es suficiente. Entre otros méritos reconocidos por todo el mundo, Belmonte fue como ninguno el torero de la emoción, del escalofrío, y el que descubrió la trampa al toro. ¡Un torero y nada más que un torero! ¡El más torero del mundo!

—En general, ¿qué opina usted del toreo tal y como ahora se practica?

—Pues que no está mal, sencillamente.

—¿Y el de antes?

—Se lo diré sencillamente también. Aquél era el toreo macho...

—¿Cómo no ha sido usted torero siendo tan apasionado por los toros?

—Porque no me llamaba Dios por ese camino. Me encuentro muy a gusto así y me conformo con entender un poco de estas cosas, sin peligros y sin inquietudes. Sin embargo, tuve ocasión, porque en mis años mozos fui muy amigo de Agustín García Malla y de otros toreros que llegaron a ocupar buenos puestos. Jamás se me ocurrió probar, lo cual demuestra bien claramente que yo no servía para eso.

Antonio Nieto, evocando estas cosas, parece ponerse triste de pronto. Algo como una sombra de melancolía pone en sus ojos una ligera humedad de lágrimas.

—¡Pobre Tomás González!—exclama al fin—. La suerte no quiso ayudarlo como a otros.

—¿Se trata de algún amigo de usted?

—Sí, de un buen amigo mío, pero el pobre no tuvo suerte. ¡Y era tan pundonoroso y tan bueno!

—¿Torero?

—Y muy apañado, porque quería llegar y hacerse figura abriéndose camino a fuerza de torear honradamente... Se llamaba Tomás González, Alfarrerito de apodo, por haber sido éste su primer oficio. En la Plaza de Vista Alegre, una tarde desgraciada, lo cogió un toro y rompió, con su vida, su carrera de torero. Yo le vi morir allí, en plena juventud y en plena ilusión de llegar... Nunca más, desde entonces, se me ocurrió que yo podría llegar a ser torero algún día...—JUAN DE ALCARAZ

TEMAS TAURINOS

EL ULTIMO PAR DE BANDERILLAS

Por FELIPE SASSONE



El último par, porque éste ha de ser mi último artículo sobre el segundo tercio, convertido en tercer cuarto. Ya llevo demasiado tiempo banderilleando las cuartillas. Resumo, pues, cuanto llevo dicho y agrego lo que prometí. Los banderilleros han de procurar, ante todo, cumplir su cometido lo más pronto posible, porque la brevedad es lo que conviene al matador y ellos están especialmente para servirle. Así, cuando el sentido de un toro lo exija, podrán ejecutar la suerte a media vuelta. Un matador jamás lo intentará, porque para no banderillar por la cara, más le valiera no haber cogido los palos.

El matador sale a banderillar sólo para lucirse, y escoge a su capricho, de acuerdo, claro está, con su propia facilidad y las condiciones del toro, la forma de ejecutar la suerte. El par al quiebro, mal llamado cambio, es muy bonito; pero no basta para acreditar de buen banderillero. Pueden parecer al quiebro muchos que son absolutamente incapaces de banderillar de otra forma. No es muy difícil y su mérito verdadero se cumple cuando se cita desde largo, en los medios, provocando toda la velocidad del toro, y se marcan todos los tiempos, y se cuadra en la cabeza. Algunos creen que es más peligroso ejecutarlo en corto, y yo diré que es imposible si la res viene gazapeando; mas no si acude al torero por el tercio o al lado de las tablas, porque entonces se quiebra fácilmente y sin haber pasado el miedo de aguardar a pie firme el largo viaje, y sin correr la exposición, gravísima, de que el bruto, por la velocidad adquirida, no pueda obedecer al quiebro y torcer su recta y se lleve en la cabeza al banderillero. Si el quiebro se marca

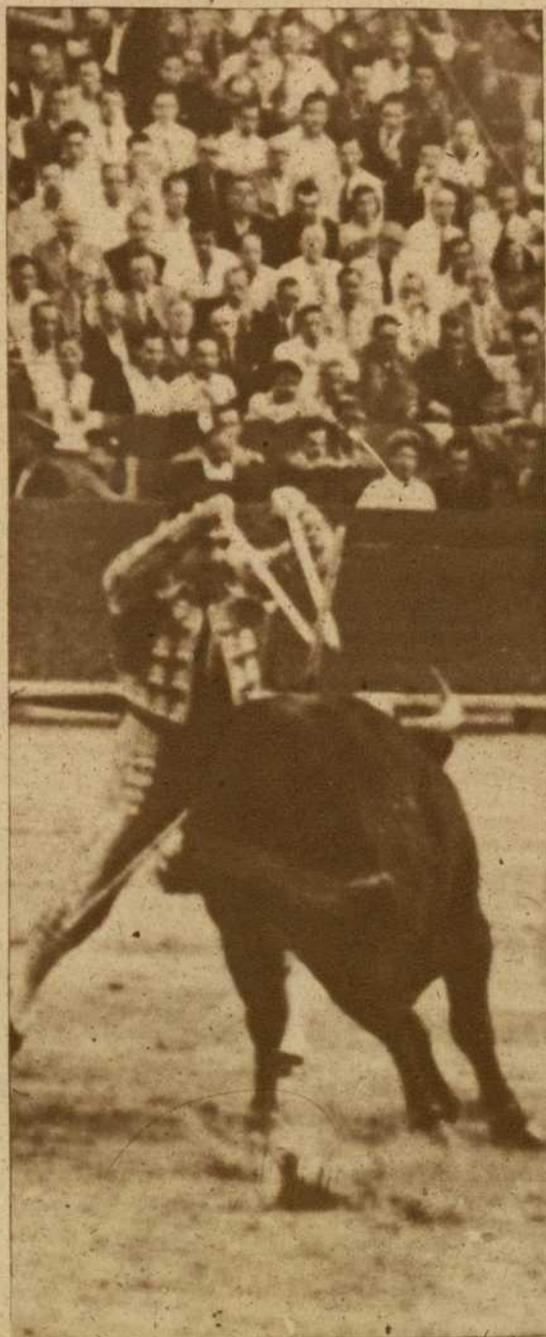
antes de la jurisdicción y el torero se acerca al toro con pasitos menudos para irse de él mediante un corto cuarteo, y hace la suerte rápidamente, como quien da una zancadilla, y clava sin cuadrar, de costado y de sobaquillo, todo ello no tendrá mérito alguno. El par de frente y el par de cuarto—todo es cuarteo más o menos ceñido—constituyen la suerte clásica muy airosa cuando el banderillero sale andando como si bailara un minué; pero como se hace con el toro ni pronto ni quedado, que se arranca después del diestro, éste le lleva ganado el tirón y puede cuadrar y salir con desahogo. No así en el par al sesgo, que es al hilo de las tablas, pero por fuera, y todo lo que se hace por fuera en el toreo es lo más difícil y expuesto. El sesgo equivale al volapié en las tablas en la suerte contraria, y de ahí su mérito indiscutible, y de ahí también que los pares más difíciles sean los de poder a poder, bien provocados por el torero u obligados por una intempestiva arrancada del toro; pero de dentro a afuera, con la res a todo correr y el torero, a poder, más que ella; saliendo del estribo a los medios y haciendo en éstos la conjunción; parándose un punto y cuadrando en el centro de la suerte. Más todavía, y esto es lo supremo, si por llevar al toro la curva vencida se cambia el torero de lado en el viaje o en la misma cabeza. El par por dentro, con el toro sesgado hacia las tablas y un picon prevenido entre barreras detrás del banderillero, es aparatoso y sensacional; pero cuanto más cerrado esté el toro, si hay espacio para pasar, menos valor tendrá, porque lo que vale es salirse, ganar y salvar el terreno del toro y no seguir el torero por el suyo propio, al abrigo de la valla.

La suerte de banderillar es la más fácil del toreo, aunque no lo parezca, porque se hace a cuerpo limpio, y su mérito dependerá exclusivamente de que el diestro se busque dificultades y dé ventajas al toro para intentar la hazaña de vencerlo.

Entre banderilleros y matadores, son tan numerosos los que han ejecutado bien la suerte desde que el toreo existe, que una enumeración minuciosa sería casi interminable. Desde Juan León, entre los primeros; desde aquel Pablo Argüelles, *Armillá*, de quien cuentan y no acaban las crónicas antiguas; desde Pablo Herráiz y *Regadero*, pasando por *Pataterillo*, que aprendió bajo las órdenes del Guerra, y Rodas y Moyano, en la cuadrilla de Reverte, y *Morenito de Valencia*, y *Pinturas*, y *Maera Chico*, especialista en banderillas cortas, y *Gitanillo*, y el otro *Maera* y Sánchez Mejías, cuando iban con *Joselito*, hasta los de hoy: *Magritas*, heredero del par al cuarteo de Manuel Blanco, *Blanquillo*, y Antofiete Iglesias entre muchísimos que involuntariamente omito. También omitiré, a pesar mío, al escribir nombres de matadores entre los que fueron y los que son banderilleros notables; *Guerrita*, el formidable *Guerrita*, que banderilleaba de todas las formas y en todas partes, con poder, agilidad y gracia; *Quinito*, que quetraba de lejos con segura valentía; Antonio Fuentes, que en la misma suerte y en la de frente, dicen que recordaba la plasticidad maravillosa de *Lagaritjo*; Rafael *El Gallo*, fino y corto, quiebro y cuarteo; *Bienvenida* padre, ambidiestro seguro, y ésta es la virtud máxima del banderillero completo; Rodolfo Gaona, que andaba los toros con majestuosa presencia; *Joselito*, que media los terrenos como nadie y juntaba los palos, trayendo el par compuesto, y banderilleaba también por los dos lados, aunque prefería el derecho; Antonio Márquez, que ponía en la suerte aquel sello de distinción, que era la nota más bella de su toreo, y otra vez Sánchez Mejías en el par de frente y no el por dentro, que le hizo famoso, y Peralta, *Facultades*, estampa clásica que a mí me recordaba a *Cuatrodedos*, y aquel *Angelillo*, que banderilleaba con las manos atadas, y Manolito *Bienvenida*, que perfeccionó con valor asombroso el par de poder a poder, provocado por el diestro, y los tres Domingos, fáciles y seguros, y, por último, el mejicano *Arruza*, que es un rehiletero portentoso.

Falta un nombre, dirá el lector, y yo diré que faltan muchos, y él insistirá en que hay uno importantísimo, y entonces yo digo que lo he dejado adrede para el final porque desde que soy aficionado a toros, y llevo ya cincuenta y tres de los sesenta que soporto sobre mis hombros con muy desembarazada alegría, no vi jamás, ni espero ver, banderillero más grande en todos los sentidos que ese torero y matador completo y total, de arriba abajo, que se llama José Mejías *Bienvenida*.

¡Y ya han tocado a matar!



El domingo, en Valencia

Seis novillos de Escobar,
MANOLO CORTES
LUIS REDONDO
ANTONIO RANGEL



Redondo, Rangel y Cortés preparados para hacer el paseillo



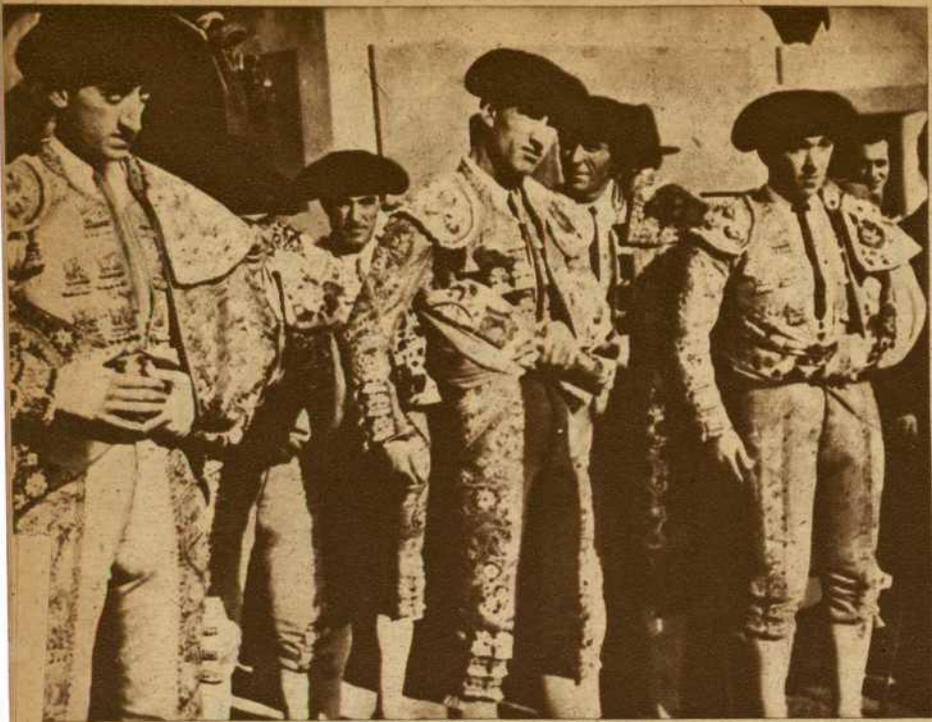
Un pase de muleta de Manolo Cortés en su primer novillo



Luis Redondo en un adorno en el segundo novillo de la tarde



Antonio Rangel pasando de muleta a su primer enemigo

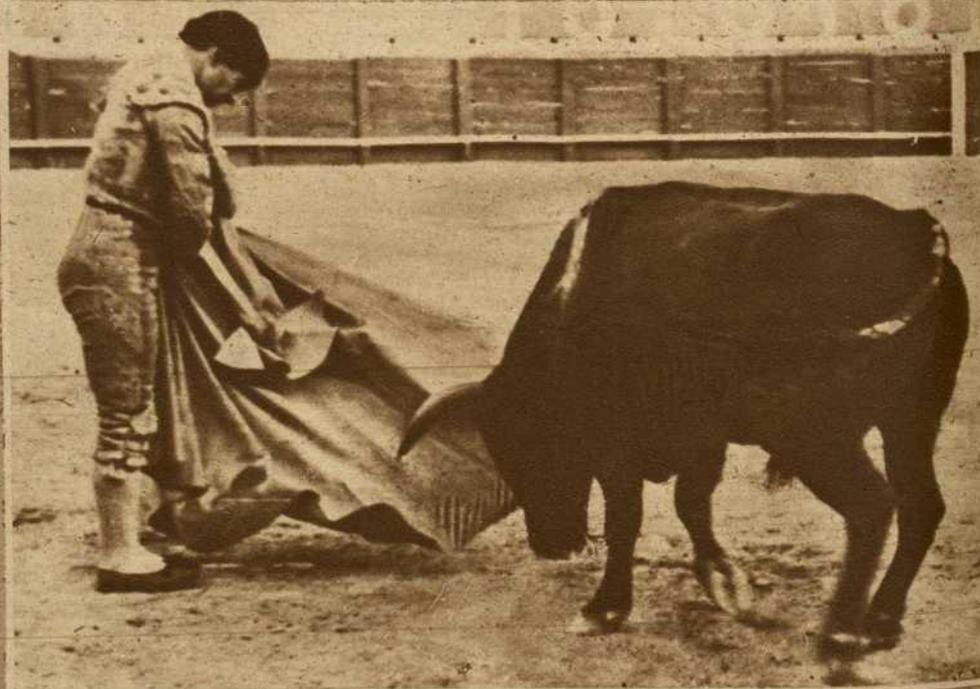


El sábado, en CIEZA

SEIS toros de don JUAN SANCHEZ para PEPE BIENVENIDA, MANOLETE Y ARRUZA

Por primera vez se encontraron juntos en un ruedo los diestros Manolete y Arruza. En esta página se ve a los tres espadas antes de hacer el paseo; a Arruza y Manolete retratados juntos por vez primera. Un buen derecho de Manolete, dos magníficos pares de banderillas de Arruza y Bienvenida, un buen capotazo de Pepe Bienvenida y un pase con la derecha del torero mejicano a su segundo toro

(Fotos López.)

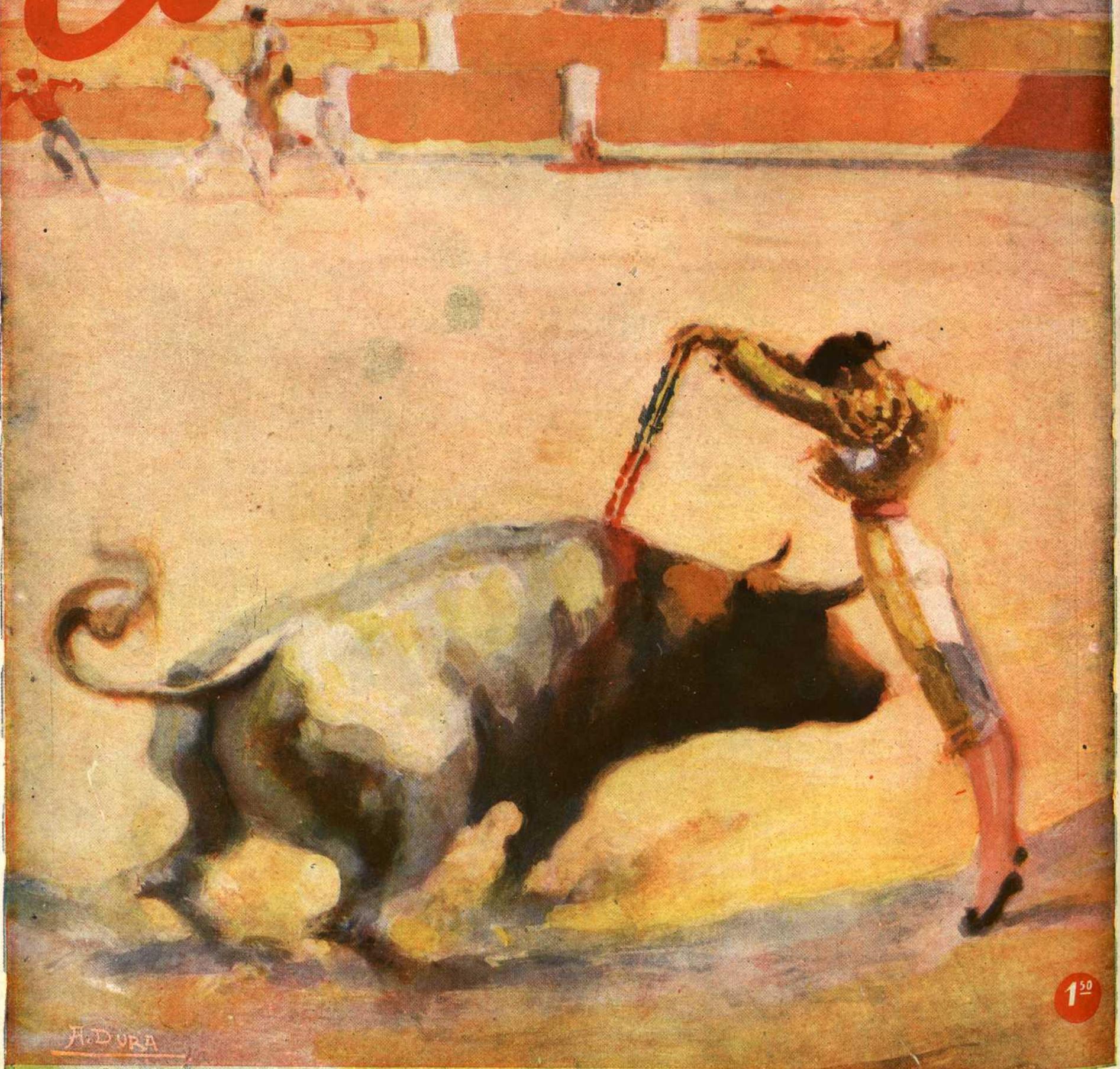




¡Vamos al toro!

(Dibujo de Perea.)

El Ruedo



J. D. UFA